



NO SEÑOR, GUERRILLEROS NO. ¡SOMOS CAMPESINOS Y CAMPESINAS DE PICHILÍN!

NO ACEPTE SU VENTA. NO ACEPTE SU VENTA.
Distribución gratuita
NO ACEPTE SU VENTA. NO ACEPTE SU VENTA.

REPARACIONES



Centro Nacional
de Memoria Histórica

NO SEÑOR, **GUERRILLEROS NO.**
¡SOMOS **CAMPESINOS Y**
CAMPESINAS DE PICHILÍN!



Centro Nacional
de Memoria Histórica

NO SEÑOR, **GUERRILLEROS NO. ¡SOMOS CAMPESINOS Y CAMPESINAS DE PICHILÍN!**

Gloria Carolina Rojas Álvarez
Diana María Marín Arias
Investigadoras

CENTRO NACIONAL DE MEMORIA HISTÓRICA

Rubén Darío Acevedo Carmona
Director General

Gonzalo Sánchez
Director General (2011-2018)

Camila Medina Arbeláez
Dirección para la Construcción de la Memoria Histórica

Carolina Restrepo
Coordinadora Estrategia de Reparaciones

NO SEÑOR, GUERRILLEROS NO. ¡SOMOS CAMPESINOS Y CAMPESINAS DE PICHILÍN!

ISBN: 978-958-5500-46-4

Primera edición: septiembre de 2019

Número de páginas: 84

Formato: 20 x 25 cm

Líder Estrategia de Comunicaciones

Víctor Andrés Álvarez Correa

Coordinación editorial

Diana Gamba Buitrago

Edición y corrección de estilo

Cristina Valdés Lezaca

Diseño y diagramación

John Alexander Mejía Zambrano

Ilustraciones

Portada: ©Didier Alonso Pulgarín Muñoz

Internas: © Didier Alonso Pulgarín Muñoz

Impresión

Panamericana Formas e Impresos S.A.

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Calle 35 N.º 5-81

PBX: (571) 796 5060

comunicaciones@centrodememoriahistorica.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Bogotá D.C. – Colombia

Impreso en Colombia. Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal.

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica (2019), *No señor, guerrilleros no. ¡Somos campesinos y campesinas de Pichilín!*, Bogotá, CNMH.

Este informe es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga de la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica como titular de los derechos morales y patrimoniales de esta publicación.

Centro Nacional de Memoria Histórica

No señor, guerrilleros no. ¡Somos campesinos y campesinas de Pichilín! / Centro Nacional de Memoria Histórica ; Gloria Carolina Rojas Álvarez, Diana María Marín Arias ; ilustración Didier Alonso Pulgarín Muñoz ; prólogo Darío Acevedo Carmona. -- Bogotá : Centro Nacional de Memoria Histórica, 2019.

84 páginas : ilustraciones ; 20 x 25 cm.

ISBN 978-958-5500-46-4

1. Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia 2. Conflicto armado - Colombia 3. Guerrillas - Colombia 4. Memoria colectiva - Colombia

5. Víctimas del conflicto armado - Colombia 6. Verdad, justicia y reparación

I. Rojas Álvarez, Gloria Carolina, autora II. Marín Arias, Diana María, autora

III. Pulgarín Muñoz, Didier Alonso, ilustrador IV. Acevedo Carmona, Darío, 1951- , prologuista V. Tit.

322.42 cd 22 ed.

A1646677

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

A la comunidad de Pichilín por hacer sentir a cada persona que los visita parte de su comunidad. Por permitirnos escucharlos y escucharlas. Por no desfallecer, por insistir y seguir luchando. Por sus historias de sobrevivencia, de resistencia y, sobre todo, de amor. Cada una de las palabras que componen estos relatos les pertenecen.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....9

INTRODUCCIÓN11

**1. “LA RECUPERACIÓN DE
NUESTRAS TIERRAS ES LO
MÁS VALIOSO QUE HEMOS
HECHO EN TODA NUESTRA
HISTORIA” 21**

**2. “CUANDO EL CONFLICTO
ARMADO NOS GOLPEÓ” 29**

2.1. “No creo que esto lo vayamos a
superar” 32

2.2. “Ante tanta zozobra, mejor
devolvernos que quedarnos” 43

2.3. “Ya ni sabíamos quién era
quién” 45

**3. “AHORA LA LUCHA ES POR
LAS ORGANIZACIONES” 69**

GLOSARIO 79

BIBLIOGRAFÍA

Y REFERENCIAS 83

Presentación

La publicación sobre la población de Pichilín hace parte de los esfuerzos del CNMH por contribuir a la recuperación, la descripción, la preservación y la divulgación de la memoria de las víctimas de violaciones de los derechos humanos en el marco del conflicto armado colombiano. También se debe tener en cuenta que la reconstrucción de la memoria de las víctimas a través de sus testimonios tiene, entre otros fines, el muy importante de constituirse en fuente de información primaria para la investigación sobre el origen, las causas, el desarrollo y demás asuntos relativos al conflicto armado.

El ejercicio realizado por el equipo del CNMH se refiere a hechos violentos sufridos por esta comunidad a lo largo de varios años y que fueron cometidos por grupos paramilitares, guerrilla de las FARC y agentes del Estado colombiano. Por estos hechos el Consejo de Estado profirió condenas al Estado por omisión de sus funciones de preservar y garantizar la seguridad, la vida y los bienes de los habitantes de este territorio.

El equipo del CNMH que adelantó el trabajo de recuperación y reconstrucción de la memoria de estas víctimas optó por presentar los relatos y testimonios en un formato de cuento desde voces impersonales o anónimas. Además, un ilustrador realizó los dibujos sobre los crímenes, el sufrimiento, la supervivencia y la superación del dolor de las víctimas.

Como ocurre con la mayor parte de los trabajos en materia de memoria, el resultado publicado es una mediación que requirió decisiones sobre las formas de narrar y presentar la información. El equilibrio entre la generación de textos que visibilicen lo sucedido y la protección de la identidad de las víctimas es un asunto complejo para el CNMH en este tipo de publicaciones. No obstante, esperamos confiados que la publicación será, de acuerdo con el mandato del CNMH, una forma de reparar una pequeña parte del dolor de las víctimas.

En razón de todas las circunstancias señaladas y en observancia del principio de no intervención en los contenidos de los textos elaborados durante la anterior dirección del CNMH, ha de quedar claro que la responsabilidad sobre los contenidos de esta publicación corresponde a sus autores.

Darío Acevedo Carmona
Bogotá, septiembre de 2019

Introducción

Introducción

“Es que uno campesino,
uno su propia historia no la escribe”.
Segundo Palencia

Este texto es un compilado de cuentos con ilustraciones y cómics realizados por el ilustrador Didier Pulgarín, que narran lo que la comunidad del corregimiento de Pichilín (Morroa, Sucre) vivió durante casi cincuenta años, relatados, fundamentalmente, desde sus propias voces y memorias. La intención de hacer de este libro una iniciativa literaria, más que un contenido de tipo analítico y académico es, primero, llegar a la población más joven de Pichilín, que no vivió muchas de las situaciones que aquí son relatadas. Sin embargo, en este proceso de reconstruir memoria y darle continuidad generacional a los procesos existentes, se hace urgente recopilar estas vivencias para su conocimiento y de una manera que los seduzca. En segundo lugar, reconocer el lugar protagónico de estas voces que vivieron, resistieron y lucharon contra cada una de las victimizaciones que sufrieron buscando acoger lo que en algún momento nos dijo Segundo Palencia, un campesino de Pichilín, y con lo cual se inicia esta introducción: “Es que uno campesino, uno su propia historia no la escribe”.

En todo este proceso, las entrevistas, las conversaciones y los encuentros que sostuvimos con varias personas de la comunidad de Pichilín fueron vitales para conocer las distintas memorias que se materializaron en sus narraciones, así como el momento para escuchar cómo las voces de las personas de la comunidad que participaron en estos encuentros se unieron para robustecer los

recuerdos y acercarnos a nosotras, personas externas a su territorio, al detalle de sus cotidianidades, de sus maneras de relacionarse, resistir y sobrevivir al conflicto que vivieron.

Este conflicto no solo afectó a Pichilín sino a toda la región de Montes de María, de la que este corregimiento hace parte. De acuerdo con el Centro Nacional de Memoria Histórica en su libro *Campesinos de tierra y agua. Campesinado en el departamento de Sucre* (2017), desde las décadas de los sesenta y setenta las organizaciones campesinas, principalmente la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC), libraron un sinnúmero de luchas reivindicativas por el derecho a la tierra y su recuperación. Estas luchas estuvieron marcadas por un conflicto violento que contenía la quema de los ranchos y cultivos de los campesinos, así como amenazas y asesinatos selectivos de varios integrantes de la ANUC por parte de Los Pájaros, los terratenientes y la Policía (CNMH, 2017, páginas 54-55).

Esta dinámica de violencia se mantuvo hasta finales de la década de los ochenta, cuando aumentaron las movilizaciones de la organización campesina y, en consecuencia, aumentó la estigmatización asociándolas con la subversión (CNMH, 2017, página 80); lo cual fue una forma de justificar el recrudecimiento de la violencia por parte de los grupos armados como la

fuerza pública y un actor armado que empezaba a visibilizarse, los paramilitares. Durante esta época se realizaron detenciones arbitrarias, masivas e individuales, amenazas, y continuaron los asesinatos de varios dirigentes campesinos y personas de la base organizativa campesina (CNMH, 2017, página 81). Entre esos asesinatos selectivos estuvo el de Reina Isabel Barrios, “campesina asesinada el día 30 de enero/89, en Pichilín - Morroa (...) por efectivos del Batallón de Infantería N°5 de Corozal, causando heridas a su hijo de 20 meses” (Pérez, Jesús María, *Listado de violaciones DDHH del 86 - 91*, en CNMH, 2017, página 82).

Este recrudecimiento de la violencia tuvo como consecuencia la reducción de la capacidad de convocatoria de las organizaciones campesinas aunque, en algunos casos, como una forma de camuflar y no perder sus procesos, se empezaron a conformar otro tipo de organizaciones como las JAC (Juntas de Acción Comunal) y se crearon comités para los programas del DRI (Desarrollo Rural Integrado) (CNMH, 2017, página 85), lo cual no duró mucho debido a que los grupos armados iniciaron un ciclo de asesinatos colectivos que aminoró cualquier esperanza de crear y fortalecer las organizaciones. “Los campesinos de las veredas Naranjal, Pichilín, Sabaneta, El Oriente y Bajo la Lata, municipio de Morroa, Sucre, fueron retenidos los siguientes compañeros: Everaldo Reyes (...), William Salcedo Reyes (...), Ever Manuel Salgado Tovar (...) por un grupo de hombres que vestían prendas militares, y luego fueron asesinados a machetazos, amordazados y sus cabezas cortadas y desprendidas del cuello. Hallados por los campesinos de estas veredas, en medio de una fosa común en la vereda

Oriente Asmón el 16 de febrero de 1991” (Pérez, Jesús María, *Listado de violaciones DDHH del 86 - 91*, en CNMH, 2017, página 88).

Ya para esa época, principios de la década de los noventa, aparecieron los primeros grupos guerrilleros armados en la región. En el caso de Pichilín fue en 1991 con el Frente 35 de las FARC, lo cual potencializó, aún más, la asociación de la organización campesina con la guerrilla, y debido a esta estigmatización cada vez que la guerrilla asesinaba a un ganadero, terrateniente o político, los paramilitares mataban a varios campesinos de la región (CNMH, 2017, página 90).

La situación llegó a tal punto que, a partir de 1996, año en el que ocurrió la masacre en Pichilín y la primera en la región de Montes de María, se dio inicio a un proyecto armado por parte de los paramilitares en el cual su principal estrategia fueron las masacres, seguidas del desplazamiento de los campesinos y campesinas sobrevivientes, entre otras victimizaciones.

A la par de esto, la guerrilla aumentó su accionar violento sobre la población y la fuerza pública, cometiendo asesinatos selectivos, bombas, atentados a estaciones de Policía y quemando la registraduría de Colosó en 1998 (CNMH, 2017, página 91). La fuerza pública, por su parte, en cabeza de la Armada nacional, y a partir del 2002, empezó a hacer mayor presencia en las regiones de acuerdo con la política gubernamental de ese momento: La Seguridad Democrática, lo cual también conllevó, de manera general, un mayor nivel de confrontación con la guerrilla y dejó a la población en el medio. Está última se vio afectada, además, por los retenes y detenciones arbitrarias, sin ninguna prueba por parte de

la Armada nacional. Como consecuencia, las comunidades estaban fragmentadas, aisladas, llenas de miedo y sin condiciones para crear organizaciones sociales de ningún tipo, situación que empezó a cambiar a partir de 2004 debido a la derrota de uno de los grupos armados que hacían presencia en los Montes de María, las FARC. Aun así, las detenciones arbitrarias por parte de la Armada nacional continuaron aproximadamente hasta el año 2007, según los relatos de los habitantes de la región.

En este contexto fue que la comunidad de Pichilín enmarcó sus historias y narró situaciones específicas como, primero, la violencia ejercida durante la recuperación y fundación de su comunidad por los llamados Pájaros, los terratenientes y la Policía y, segundo, la intensificación del conflicto producto de la masacre perpetuada por los paramilitares, el consecuente desplazamiento y la presencia intermitente del Estado en Pichilín y sólo a través de la fuerza pública. Tercero, las acciones realizadas por la Armada nacional y la guerrilla de las FARC, y su disputa territorial y humana cuando, por ejemplo, cada uno de estos actores armados atraía hacia su bando, por medio de estrategias como la coerción o la persuasión no armada, personas de la región para que trabajaran para su grupo armado: milicianos, si lograban que fueran parte de la guerrilla, y “caratapás”, si trabajaban como informantes de la fuerza pública, lo cual correspondía a la promoción de las políticas gubernamentales de ese momento.

Esto último significó el involucramiento de los pobladores en las dinámicas de violencia. Y cuarto, el alto nivel de estigmatización hacia la

comunidad de Pichilín por parte de algunos habitantes de pueblos vecinos, de los grupos armados y hasta en el interior del propio corregimiento, lo cual produjo la ruptura de los lazos comunitarios, la desintegración familiar y, en general, una profunda sensación de incertidumbre y desconfianza.

Pero la violencia no fue todo lo que allí pasó y tampoco lo único que relataron. También hablaron de sus procesos de resistencias y las luchas que libraron para quedarse, los intentos por mantener a la familia unida y sobrevivir a las embestidas de la guerra creando estrategias para evadir las acciones de los distintos actores armados que hicieron presencia en su territorio. Y cuando la violencia les dio respiro, narraron cómo recuperaron la confianza, los lazos comunitarios y se organizaron para continuar con el camino que fue interrumpido por la presencia de los armados. Ahora, con la convicción más fuerte de que pelear por sus intereses y derechos, dar su opinión y visibilizar su inconformidad frente a lo que no les parece justo, no debe ser motivo de estigmatización ni de criminalización.

De acuerdo con lo anterior, el texto se divide en tres grandes momentos que están acompañados de ilustraciones y cómics y, a su vez, cada momento tiene subtítulos en algunos casos:

- a. El primer capítulo: “La recuperación de nuestras tierras es lo más valioso que hemos hecho en toda nuestra historia”, trata de la fundación y recuperación de Pichilín en 1971.
- b. El segundo capítulo: “Cuando el conflicto armado nos golpeó”, corresponde a la violencia cometida por tres actores armados:

los paramilitares, la Armada nacional y las FARC, y las repercusiones de estas violencias entre los habitantes de Pichilín. Este capítulo se divide en varios cuentos.

- “No creo que esto lo vayamos a superar”, relata la masacre cometida por los paramilitares en el año 1996.
- “Ante tanta zozobra, mejor devolvernos que quedarnos”, cuenta el proceso de desplazamiento a finales de 1996 y el retorno realizado ese mismo año, a finales de diciembre.
- “Ya ni sabíamos quién era quién” y “Entre la espada y la pared”, son historias que representan lo que significó para algunos habitantes de Pichilín vivir en medio de la confrontación entre las FARC y la Armada nacional.
- “¿Qué culpa tenemos nosotros de que por aquí pase guerrilla?”, es un apartado sobre las violencias que sufrió la comunidad por parte de la Armada nacional. Este apartado, a su vez, se divide en dos cuentos: “Uno quedó a la voluntad del uniformado” y “No sabemos ni manejar un arma. ¡Están cometiendo un error!”, los cuales relatan los retenes y los encarcelamientos de varias personas de la comunidad sin ninguna prueba, entre 2002 y 2007.
- “... y las Farc también cometieron horrores”, es un apartado que relata los asesinatos selectivos cometidos por las FARC, el asesinato de uno de los líderes

más importantes de la comunidad: Ramiro Salgado en el año 2004, y las casas bomba, también en el año 2004. Cada uno de estos hechos se narra en tres cuentos distintos: “¿Han visto a mi hermano?”, “El señor Ramiro Salgado” y “Téngale miedo cuando los perros ladren”.

c. El tercer y último capítulo: “Ahora la lucha es por las organizaciones”, relata el proceso de reconstrucción de Pichilín a partir de 2004 y hasta el año 2018.

En cuanto a los títulos, en su mayoría son expresiones de las personas de la comunidad con las que sostuvimos conversaciones, y otros son frases que, como investigadoras, construimos y consideramos que sintetizan de manera adecuada el momento que se estaba relatando. Los nombres de ficción de los personajes responden a dos motivos; primero, por el respeto a la confidencialidad y al voto de confianza que nos fue dado como investigadoras, y segundo, al hecho de que los cuentos no son el relato de una sola persona, sino que, por el contrario, cada uno se construye a partir de las diferentes visiones y posicionamientos que nos contaron frente a un mismo hecho. Es decir, un cuento se configura a través de una sola voz: un personaje de ficción, pero en realidad este da cuenta de varias voces, expresiones, sentires y acciones de distintas personas de la comunidad.

Por otra parte, no se sostuvo nombrar a los personajes desde la ficción cuando se habló de las víctimas letales de la violencia –como es el caso de las personas que murieron en la masacre cometida por los paramilitares–, algunas personas que fueron encarceladas sin

ninguna prueba y, tampoco, cuando se habló de aquellas personas que representan a nombre propio todo el proceso comunitario de recuperación y fundación de la comunidad de Pichilín. Todas ellas se designaron con sus nombres reales como reconocimiento a su victimización, a sus luchas y resistencias.

En el caso de los cuentos, que se crearon a través de un proceso creativo y acordado entre la comunidad y las investigadoras, se relataron las situaciones que la comunidad señaló como más relevantes; desde lo qué pasó, cómo pasó y cuándo pasó, hasta lo que sintieron y pensaron al vivirlo. Por esto, cada personaje reúne las características de las personas que nos abrieron sus vidas, su pasado y sus formas de leer y analizar las situaciones en las que estuvieron inmersas. En cuanto a los cómics e ilustraciones, estos permiten relatar desde un lenguaje no verbal y de manera más detallada lo que sucedió, recurriendo a personajes que físicamente se acercan a los rasgos de las personas que habitan esta región, y a Pichilín en particular.

Con respecto a la metodología, esta tuvo como eje principal ocho entrevistas, un grupo focal con mujeres campesinas de la comunidad, cuatro talleres de memoria y una serie de conversaciones espontáneas que se realizaron con algunos habitantes de Pichilín en cada una de las visitas realizadas durante el año 2018. Además, se contó con la información investigativa consignada en la sentencia del Consejo de Estado del 9 de julio de 2014 sobre el corregimiento de Pichilín, que respalda los señalamientos de la comunidad hacia la Armada nacional. Y, por último, dos libros, uno realizado por Sembrandopaz (Asociación

Sembrando Semillas de Paz) en 2015 que se titula: *Hombre y Mujeres luchadores de Pichilín narrando su historia*, y el otro por el CINEP (Centro de Investigación y Educación Popular) en 2016 que se titula: *Pichilín: resistencias campesinas en defensa de su territorio*. Toda esta información se clasificó de acuerdo con los acontecimientos y algunas etiquetas necesarias debido a que se repetían en las distintas conversaciones, lo cual permitió identificar los momentos predominantes en la historia de Pichilín que, además, la población quería que fueran representados en el texto.

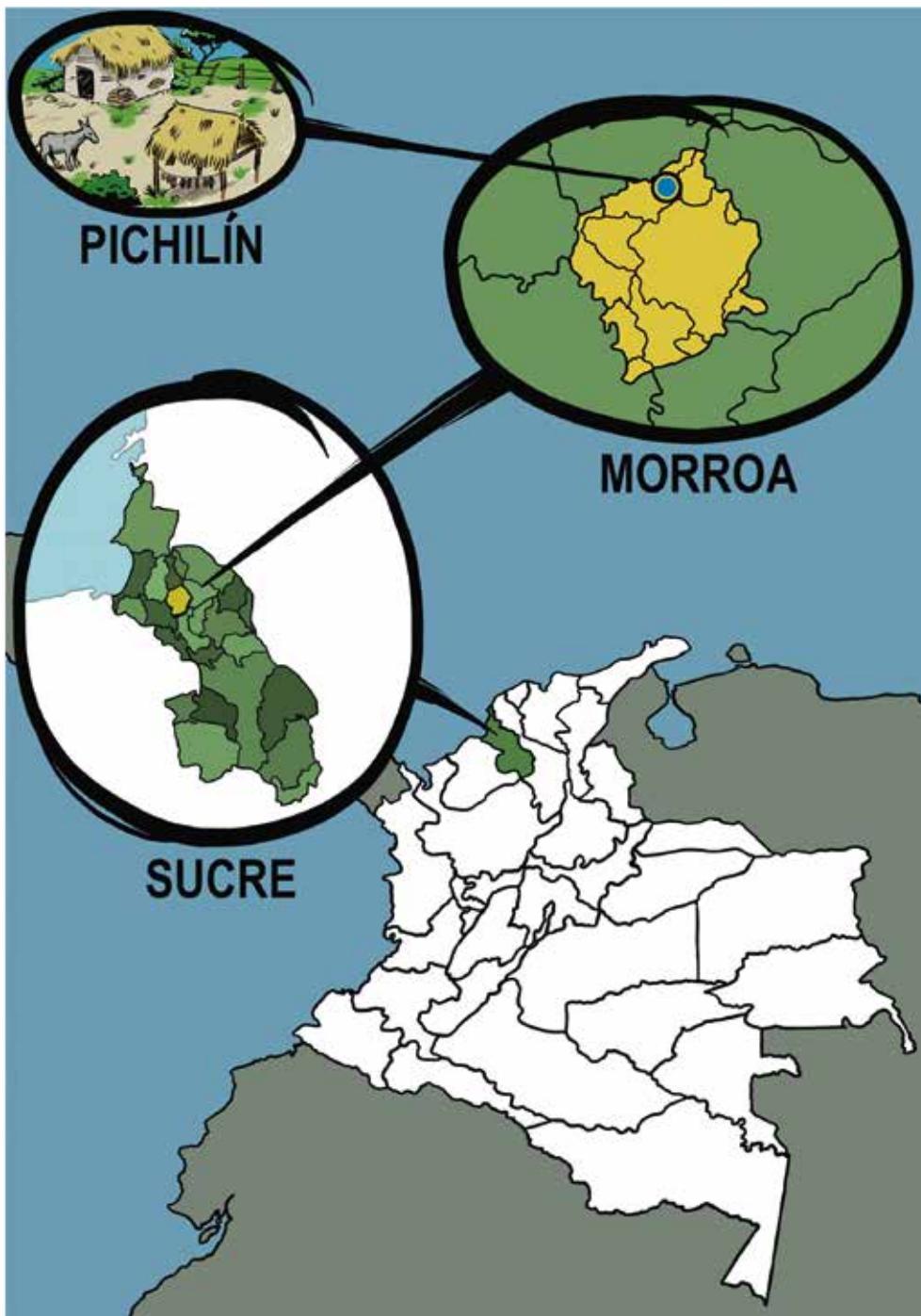
Con la información clasificada las investigadoras construyeron los cuentos y recopilaron los modismos y detalles de la cotidianidad relatados por la comunidad. Luego se construyó un guión de la mano del ilustrador, quien posteriormente realizó las ilustraciones y los cómics. Al tener el texto construido, tanto su versión escrita como gráfica, se realizó una última visita el 23 y 24 de noviembre de 2018 a Pichilín, en la cual se mostró y se leyó el libro en su totalidad, que fue avalado por la comunidad después de avanzar en ajustes de lugares y modismos.

Por último, con este libro se dio cumplimiento por parte del Centro Nacional de Memoria Histórica a la primera sentencia emitida por parte del Consejo de Estado el 9 de julio de 2014 con respecto a la comunidad de Pichilín, a la sentencia de Restitución de Tierras del 3 de junio de 2016 y al PIRC (Plan Integral de Reparación Colectiva) de abril de 2014. Adicionalmente, esta publicación es producto de un proceso de concertación con la comunidad de Pichilín, que se hizo a partir de una visita

realizada por parte de un funcionario y una funcionaria del Centro Nacional de Memoria Histórica el 13 de diciembre de 2017.

En esta visita se les contó, en primer lugar, lo que se le ordenó al Centro para la construcción de la memoria sobre el conflicto vivido en el corregimiento y para el fortalecimiento de la memoria colectiva por medio de insumos simbólicos, lo cual específicamente responde a la medida en la que coinciden los tres documentos antes señalados: “Realizar una investigación de memoria histórica consolidada en un libro sobre el conflicto armado y sus efectos en la comunidad de Pichilín”. En segundo lugar, se escucharon los comentarios de los asistentes para, posteriormente, y a partir de las propuestas que surgieron en esta reunión, concertar lo que la comunidad de Pichilín consideró idóneo para la reparación colectiva, la reconstrucción de su memoria y como medida reparadora: el presente libro.

Mapa 1. Localización del departamento de Sucre



Fuente: elaboración propia CNMH.

1.

**“La recuperación de
nuestras tierras es
lo más valioso que
hemos hecho en toda
nuestra historia”**

1.

“La recuperación de nuestras tierras es lo más valioso que hemos hecho en toda nuestra historia”

“Tener aquí esta finquita, esta tierrita, ha sido el amor de vida. Aquí crié a mis hijos, los he educado hasta donde he podido. Y es verdad, fue un rubro que me salió caro, pero estoy feliz acá, pa’ qué”.
Segundo Palencia

Cuando nos encontramos ese día con los compañeros pa' ir a recuperar las que serían nuestras tierras, todos estábamos muy nerviosos. Ya habíamos ayudado a tomar las tierras de otros compañeros y sabíamos que no era fácil. Yo ya había pasado por una detención por protestar cuando la Policía fue a desalojar a unas familias de una finca que recién habíamos recuperado por los lados de Corozal. Esa vez terminé muy estropeado porque me opuse a que quemaran un ranchito que habíamos levantado pa' cocinar. Los policías me apartaron del camino a punta de garrote y destruyeron lo poco que habíamos alcanzado a levantar. Luego me cogieron preso, bueno, a mí y a otro poco de compañeros, pero cuando nos llevaban pa' la estación de Policía de Colosó, los *pelaos* del colegio Víctor Zúbiría se dieron cuenta, y empezaron a gritar “¡pueblo, pueblo!” y a salir por encima de los muros del colegio. Algunos eran hijos de campesinos que llevaban detenidos conmigo, pero la mayoría eran *pelaos* desconocidos que sabían de nuestra lucha por la tierra. Ese día, ellos salieron en masa, se mezclaron con nosotros y cuando menos pensamos, los campesinos agarramos a correr por esas calles. Los *pelaos* nos liberaron y, claro, eso emberracó a los policías y a los terratenientes, los dueños de las tierras que estábamos recuperando.

Por eso y por otras historias que nos llegaban de Córdoba de enfrentamientos con la Policía o con Los Pájaros, que eran unos tipos que andaban armados y que trabajaban pa' los terratenientes, sabíamos que la recuperación podría ser difícil, no sabíamos con lo que nos íbamos a encontrar. El consuelo era que contábamos con el apoyo de otros compañeros. En ese entonces todos éramos muy solidarios. ¡Eche, eso era bien bonito, pa' qué! No era sino que nos dijeran dónde y cuándo debíamos estar pa' ir a luchar pa' que todos tuviéramos un pedazo de tierra donde vivir y trabajar. El lema era: “La tierra p'al que la trabaja”. Ahora, ¿quién quiere trabajar la tierra? Yo veo a esos *pelaos* que solo quieren conseguirse una moto pa' andar de mototaxistas y ganarse unos pesos. Pero bueno, esa es otra historia.

A pesar de que recuperar las tierras era un riesgo, era lindo por ese lado, porque uno veía que en verdad se estaba resolviendo un problema que todos teníamos. La recuperación de nuestras tierras es lo más valioso que hemos hecho en toda nuestra historia. Y es que antes todo esto era monte, y monte que les pertenecía a muy pocas personas, a algunas no les alcanzaba la vida pa' recorrer todas las fincas que tenían.

Unos pocos vivían en grandes haciendas y a veces ni vivían ahí, mientras que los campesinos vivíamos en las orillas de los caminos reales y trabajábamos en tierras arrendadas. Un vecino mío que nació por estas tierras me contó que como el pae' era un señor honrado, una señora, dueña de una finca, le arrendó la tierra por 16 años. ¡Hombe, imagínese eso, uno trabajando la tierra y a los 16 años tener que devolverla porque legalmente no le pertenecía! Bueno, así vivíamos en esa época, quienes trabajamos en el campo no éramos dueños de nada, a veces ni siquiera de nuestras vidas; íbamos de finca en finca, de arriendo en arriendo. Lo normal era que los terratenientes nos arrendaban una parcela por un año, de enero a enero. Uno la arreglaba, sembraba y cosechaba, si alcanzaba a recoger toda la cosecha, bien, si no, tenía que arrancar a vender, a comer o a botar lo que tenía o que los animales se lo comieran. A veces se perdía casi todo el año de trabajo.

Y sí, en esas andábamos cuando llegaron a esta región unos señores: José Padilla y Vicente Carrascal. Eso fue como a finales de los años sesenta, principios de los setenta. José Padilla quizás era el líder campesino más prepara'o que tenía esta zona por aquí, y a la vez servía hasta de médico, porque lo que te recetara a ti José Padilla como medicina te servía, eso era seguro que te servía. Ellos empezaron a hablar con nosotros, a explicarnos que estas tierras nos pertenecían, que habían sido de nuestros antepasados, que a ellos se las habían quitado años atrás cuando llegaron extranjeros a la región, quienes, junto con los criollos, empezaron a obligar a los campesinos, a esclavizarlos, aunque la esclavitud supuestamente ya no existía, a tumbar monte y sembrar pasto: “La yerba admirable”, le decían en ese entonces.

Así se empezaron a conformar las haciendas en la costa Caribe: tumbando monte, sembrando pasto y metiendo vacas pa' luego matarlas y vender la carne.

Ellos empezaron a preguntarnos si nos gustaría sembrar en nuestras propias fincas. ¡Eche, pues claro!, ¡claro que nos gustaría hacerlo! Esa gente, de una forma u otra se fue metiendo y transmitiendo la idea hacia ese gran movimiento campesino. Así, entramos a hacer parte de la ANUC, la Asociación de Usuarios de Trabajadores Campesinos, que por esos años estaba muy fortalecida en esta región y de la que hacían parte ellos dos.

La ANUC se creó por allá en 1967 porque el presidente de la época, Carlos Lleras Restrepo, decía que “sin la presión campesina organizada no habría reforma agraria”. Él estaba a favor de la reforma agraria que había empezado un primo segundo de él, Alberto Lleras Camargo, en 1962. Con esa reforma lo que se buscaba era que la tierra se repartiera entre más personas, que dejara de estar en manos de unos pocos. Pa' eso, el gobierno les compraba las tierras a los terratenientes y luego se las adjudicaba o se las vendía a los campesinos. Algunas veces teníamos que endeudarnos con la Caja Agraria, pero nos daban facilidades pa' tener los créditos. Hombe, nada parecido a ahora que los bancos le piden a uno unos papeles muy difíciles de conseguir.

Esas políticas del gobierno nos tenían bien contentos porque uno tenía esa oportunidad de tener tierras, yo no digo de invadirlas, sino que estábamos recuperando lo que nos pertenecía, lo que les quitaron a nuestros ancestros. Entonces nosotros nos organizamos,

emprendimos la lucha de recuperación de tierra. En 1971 la ANUC hizo una movilización nacional que nos permitió a los campesinos recuperar más de mil haciendas y latifundios que estaban sin trabajar. Esa movilización se hizo por todo el país. Hubo un gran auge del movimiento político-cívico, porque eso era, un movimiento político-cívico.

Yo recuerdo que aquí cuando nosotros nos citábamos salíamos a veces hasta cuatro mil, seis mil personas, llenábamos todas las plazas de los pueblos de campesinos, estudiantes, docentes. Así ganamos todo este territorio de aquí hasta cerquita de Sincelejo, Brisas del Mar, que hoy en día es un barrio de Sincelejo y por allá, Chalán, parte de Bolívar, todas esas tierras fueron recuperadas en esos años.

Pero pa' qué, eso funcionaba bien porque el movimiento estaba bien organizado. Acá en Sucre se conformó una junta directiva departamental. Ahí estaban José Padilla Ramos, Vicente Carrascal, José Matildo, un señor de Los Palmitos y otros campesinos. De esa junta dependían las juntas municipales y las juntas veredales. Esas juntas eran bien respetadas por todos los compañeros. Uno no se atrevía a hacer algo que afectara a alguien dentro de la comunidad, eso era respetado. Había un organismo que se llamaba como tribunal o algo así. Si yo actuaba mal con alguien aquí o me cogía algo de alguien, entonces me llamaban: "Ven acá, tu hiciste esto y esto y esto". Tenía uno que decir: "Hombe sí, pero discúlpenme, perdónenme", total que uno se corregía fácil.

También teníamos comités de trabajo. Una de las tareas de los comités era ayudar a recuperar las tierras de otros. Cuando un grupo de

campesinos necesitaba apoyo se conformaban comisiones de siete, ocho, nueve, personas que fueran a donde era necesario. Nosotros íbamos a ayudar en otras tomas y después de otros lugares venían a apoyarnos acá. Cuando se necesitaba más apoyo íbamos todos: hombres, mujeres, jóvenes y niños. Luego de recuperar las tierras, se conformaban los comités pa' armar los ranchos, limpiar el monte, cocinar y cultivar.

En el movimiento todo funcionaba bien, todo era bien bonito. Nosotros ayudamos a muchos compañeros a recuperar sus tierras, hasta que nos llegó a nosotros el turno. Un día nos reunimos y dijimos: "Bueno, vamos a invadir a Pichilín". Pichilín era de propiedad de Samuel Martelo. Era una finca ganadera, netamente ganadera, con unas grandes extensiones de tierra. La familia Martelo era dueña de todo esto, desde aquí, el pueblo, hasta casi llegar cerquita a Sincelejo, al Totumo. Todas esas fincas eran de ellos, aunque casi no se les veía por acá. La verdad es que yo nunca conocí al señor Martelo en persona. Luego de varios años lo vi en fotos de los periódicos porque el primo de él, Nelson, fue gobernador de Sucre en 1985 y presidente de la Federación de Ganaderos del departamento en 1986. Muchos años después supe por las noticias en la radio que la guerrilla le asesinó a ese primo en un intento de secuestro. Era la segunda vez que lo secuestraban. Eso fue en 1995 en una finca por acá cerca de Corozal.

Bueno, el día de la recuperación de Pichilín, el 12 de febrero de 1971, fecha que nunca olvidaré, nos encontramos temprano como habíamos acordado. Íbamos Donaldo Salgado, Luis Enrique Salgado, Elías Vitola, Bonifacio

Salgado, al que le decimos “Bone”, Tomás Vitola, Miguel Pérez Vitola y otro poco de campesinos. Éramos un grupo grande y nos repartimos por toda la finca. Con el grupo donde yo estaba, lo primero que hicimos fue plantar un ranchito, un rancho, de pronto donde los compañeros llegaran, se congregaran, escampa'an de la lluvia. Luego fueron llegando las familias. Las mujeres empezaron a cocinar y nosotros seguíamos tumbando monte. Como estábamos todos regados por la finca, la Policía y Los Pájaros aprovecharon y les cayeron de sorpresa a unos compañeros. Se llevaron como 10, entre esos al señor Enrique, que lo tuvieron preso como un mes, pero al siguiente día amanecimos como 200 metidos aquí trabajando. Y sí, así éramos nosotros. Si seguía la represión al siguiente día amanecíamos 400, 500, los que fueran necesarios pa' no dejarnos sacar.

Una vez la Policía no volvió y Los Pájaros no se aparecieron, así que organizamos los comités y seguimos trabajando. Yo estaba concentrado levantando el rancho cuando de un momento pa' otro miré pa'l frente y vi estas lomas, todas verdecitas, llenitas de árboles y dije: “En esta tierra sí me voy a quedar, acá quiero vivir, organizarme y tener mis hijos”. Yo en ese entonces tenía 21 años y andaba soltero. Me había metido en el movimiento por mi pae'. Él entró al movimiento campesino de lucha por la tierra y como yo veía que eso tenía su riesgo, empecé a acompañarlo. Yo decía: “Si se meten con mi pae', se meten conmigo”. Entré pa' defender a mi pae', pero fue él el que me defendió a mí muchas veces. Yo me comprometí con la causa.

Recuerdo que unos meses antes de la recuperación de Pichilín, un movimiento

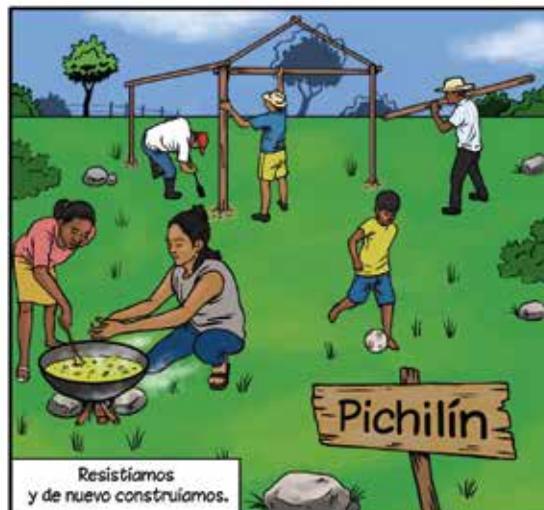
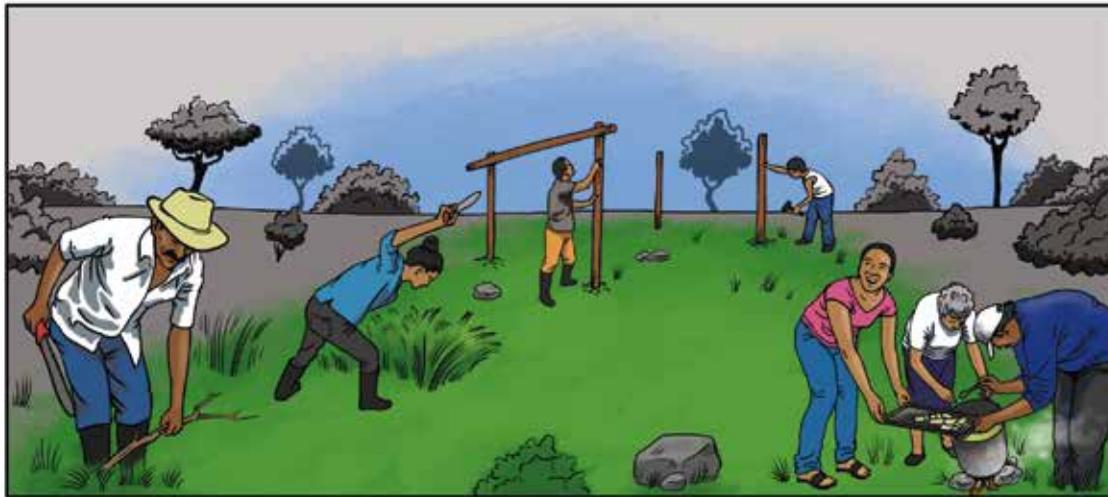
político que se llamaba Patria Libre hizo una manifestación en Colosó. Ese día salió una cantidad de campesinos, entre esos mi pae'. Todos se congregaron en la plaza y empezaron a gritar arengas alusivas a la toma de tierras, a los campesinos. Ese día, viendo a mi pae', a sus amigos, la plaza llena de campesinos y campesinas, me di cuenta de que yo debía hacer parte de esa lucha, que debía recuperar la tierra pa' los compañeros y luego, si me alcanzaba la vida, pa' mí y mi familia también.

Cuando recuperamos Pichilín, el INCORA, el Instituto Colombiano pa' la Reforma Agraria, le compró la tierra al señor Martelo y nos la adjudicó “de común y proindiviso”, es decir que nos pertenecía a todos. Pensábamos que así podíamos cuidar la tierra entre todos. Si nos parcelaban podíamos ser más vulnerables porque estábamos divididos.

Por algún tiempo mantuvimos los comités activos y seguimos apoyando a otros compañeros en la recuperación de las tierras, pero luego algunos compañeros dijeron que estábamos muy lejos unos de otros, entonces decidimos partirnos en dos: Pichilín La Laguna y Pichilín Escobar, que luego se llamó Asmón. Luego se fueron fraccionando nuevos grupos, las familias fueron creciendo, hasta que finalmente nos parcelamos.

Ah, en medio de todo eso, en 1976 nació Donaldo Segundo, el “Yayo” que le dicen, hijo del señor Donaldo. Él fue el primer habitante nacido en Pichilín después de la recuperación de las tierras. Aunque muchos habíamos nacido por esta zona, él fue el primero en nacer acá.

Las parcelaciones empezaron a finales de los ochenta. A mí el título de mi tierra me lo



entregaron el 14 de junio de 1989, es decir, que pasaron 17 años entre la recuperación y la titulación. El grupo de familias que vivía en Pichilín La Laguna dejaron unas hectáreas pa' construir el pueblito, pero ese título no aparece en ninguna parte. Ahí está el lío de la legalidad de ese pedacito que dejaron y que es donde hoy está el centro poblado: la cancha, el colegio, el puesto de salud, la tienda y unas viviendas.

A pesar de la parcelación, el espíritu comunitario se mantenía. En 1994 fundamos la primera Junta de Acción Comunal de Pichilín. De ahí empezamos un trabajo comunitario muy bonito, empezamos a conformar grupos de trabajo y logramos que nos reconocieran en la alcaldía. Empezamos el trabajo de la construcción de los carretables, y elaboramos un proyecto pa' la construcción del acueducto de Pichilín.

Nos aprobaron un proyecto por \$66 millones de pesos en esa época, en 1994 o 1995 más o menos. También llegamos a conformar un grupo juvenil donde los *pelaos* eran reconocidos con su propia personería jurídica.

El trabajo comunitario también era pa' hacer parir la tierra, aunque cada familia sembraba ñame, yuca, maíz y ajonjolí pa' el sustento familiar, comenzamos a realizar proyectos productivos. El primero fue un proyecto ganadero financiado por el Banco Ganadero, también se hicieron proyectos de tabaco financiados por las Empresas Tabacaleras del Caribe.

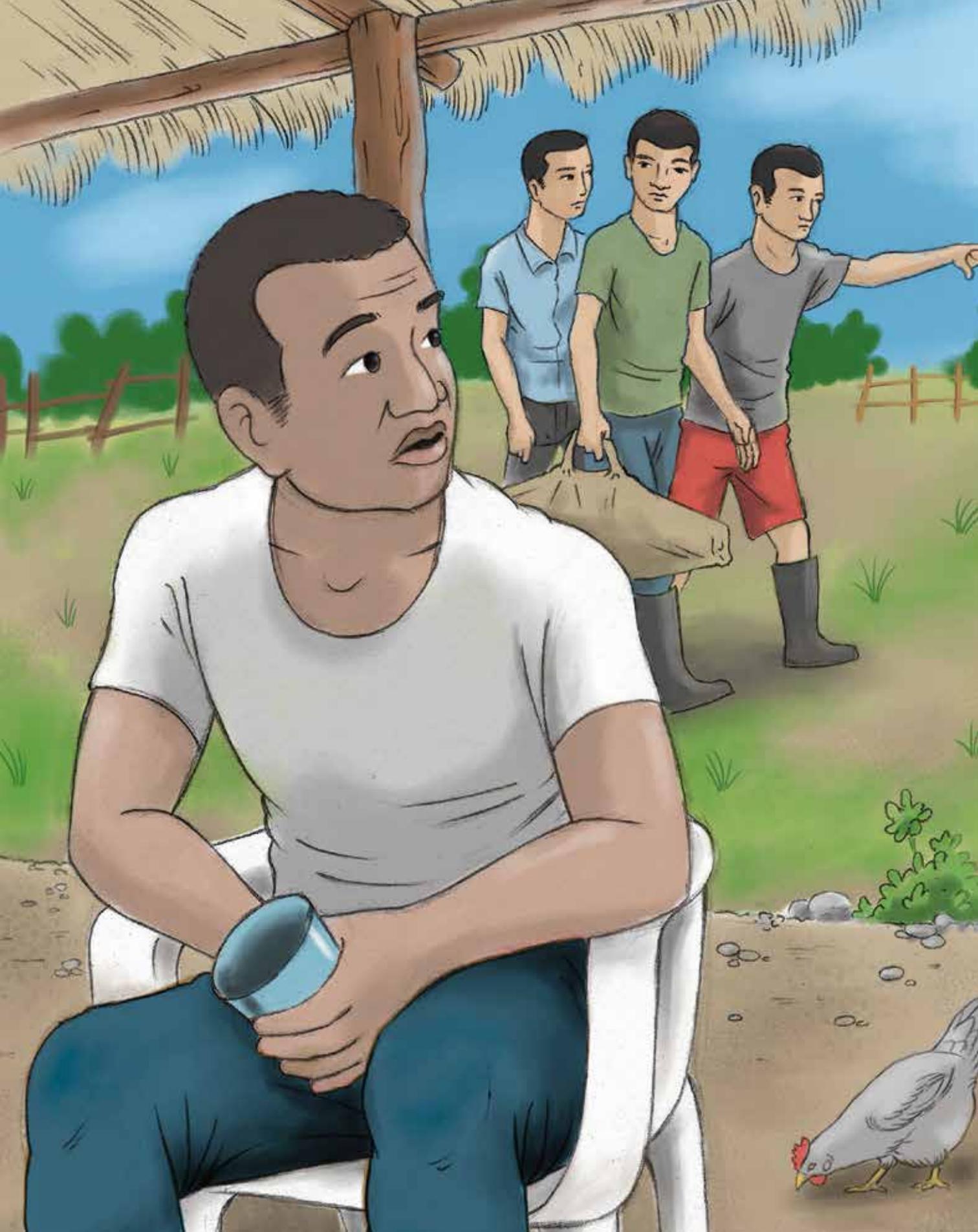
Ahí seguimos trabajando, pero en los años 91, 92 ya esto empezó a tener otro carácter, empezó a meterse una organización armada dentro de los territorios. Hombe, los primeros tres miembros de las FARC que yo vi por

aquí en estas tierras llegaron como a las 6 de la tarde, acá al lado de mi casa, llegaron vestidos de pantaloneta con un equipaje raro, lo tiraron ahí en la esquina “¡praaa!”. Yo pensé: “ahí dentro sonó algo como de hierro o algo de metal”. Después como a la hora de estar ahí, dijeron: “Hombre necesitamos charlar con ustedes, vamos a tener una conversita aquí rápida”, pero nosotros inocentes porque no sabíamos qué podía ser, entonces ellos se identificaron: “Nosotros somos miembros del Frente 35 y queremos hablar con ustedes, a la vuelta de uno o dos años no se sorprendan si ustedes ven guerrilla corriendo por ahí por los cerros esos, por todas partes”.

Por esos mismos días, otros hombres armados bajaron por el cerro hasta un colectivo que se estaba haciendo por el pozo artesano. Ahí estaba José Padilla y dijo: “No vengo más por Pichilín porque llegó el escuadrón de la muerte”. Eso causó mucho impacto en la gente, entonces dijimos: “Ya esto cambió de carácter, ya esto no es”. Era algo como que tenía sometido a la persona, no como cuando en los años setenta pa' lante que uno lo hacía de corazón porque uno veía el desarrollo que había, era un movimiento cívico-político, no había nadie que hablara al otro ni de un revólver.

2.

**“Cuando el conflicto
armado nos golpeó”**



2.

“Cuando el conflicto armado nos golpeó”

“... en el noticiero decían que estaban en todas partes, no solamente por esta región. La guerrilla estaba en todo el país. Hasta el presidente Pastrana se abrazaba con ellos”.

Eliécer Vitola

2.1. “No creo que esto lo vayamos a superar”

Eso fue un 4 de diciembre de 1996, miércoles, no se me olvida. Ese día, como cualquier otro, me levanté a las cinco de la mañana, prendí el fogón de leña, monté la aguapanela y, antes de que hirviera, ya me estaban rondando los dos perros y una perra que teníamos desde hacía tiempo. Me hice un tinto, me lo tomé parada al lado del fogón y empecé a hacer el desayuno, mientras mi esposo, sentado en la silla de siempre, me miraba, me rondaba, también esperando que le sirviera comida. Le di yuca, arroz, café con leche y el suero, lo que se acostumbra acá. Cuando terminó de comer se puso el sombrero, la mulera en el hombro y con las botas puestas se montó en el burro. Ese día se fue pa’ más arriba, pa’l monte, a recoger el tabaco y a mirar los otros cultivos. Mientras tanto, yo cogí a tirarle comida a los marranos y a unas gallinas que teníamos. Eso sí, pendiente del fogón que no se fuera a apagar que de ahí alzaba el almuerzo.

En esa época solo pensaba en lo que íbamos a comer él y yo. Mis hijos, ya grandes, estaban

con su propia obligación en Corozal, trabajando sus tierras y con sus animales. Bueno, menos dos, que desde muy jóvenes se fueron a estudiar a Sincelejo y de ahí a buscar trabajo: uno en Barranquilla y el otro en Cartagena. A ellos los mandamos pa’ afuera por miedo a que terminaran en la guerrilla. En Corozal se quedaron fue dos hijas y el menor.

Al mediodía, con el almuerzo montado, me puse a lavar la ropa. En esas vino don Evelio preguntando por mi esposo, y él que preguntó, y el otro que apareció en el burro, sudoroso y limpiándose la cara con la mulera. Venía cargado de hojas de tabaco. Ya en la mañana me había dicho que después de la siesta iba a llevárselas a don Marcial. Nos saludó, se bajó del burro y se le acercó a don Evelio. Ya entrados en conversación los dejé solos y me fui pa’ la cocina. En un momento, recuerdo, escuché a mi esposo decir: “Hombe Evelio, bien viejo y todavía creyendo en cuentos. Aquí nos han metido miedo toda la vida y mire, acá estamos. Váyase tranquilo pa’ su rancho que nada nos va a pasar”. Cuando salí ya no estaba. Le pregunté a mi esposo qué había pasado: “Nada, bobadas de viejos, que ya nos creemos todo lo que nos dicen”, me respondió.

Entramos a la cocina y se sentó en su silla. El almuerzo ya estaba listo. Empezó a comer en silencio mientras espantaba moscos con la mulera. Ahí era que volvían a aparecer los tres perros, uno detrás del otro. Eso era una sola pelea con ellos, no sabía ni por dónde se metían, hasta los marranos y las gallinas llegaban, y yo... espante. Cuando terminó de almorzar, descolgó el chinchorro a un lado de la cocina y se acostó. Lo vi pensativo. Sin hacerle mucho caso me fui a comer y al terminar seguí haciendo los quehaceres con los perros aún a los lados buscando sobrados. Al rato sentí que el hombre se levantó, le eché su botella de jugo bien fría, se montó en el burro y arrancó pa' donde don Marcial. Lo vi alejándose mientras se secaba el sudor.

A eso de las cuatro de la tarde, cuando estaba terminando de organizar el rancho, sentí una bulla impresionante, yo ni sabía qué era eso. Pasaban y pasaban carros y esos perros se pusieron a ladrar como nunca. De un momento a otro sonaron unos tiros y ahí mismo me brincó el corazón, los sentí cerquita. Me dio por salir. ¡Ay!, se me bajó todo cuando vi unas camionetas de vidrios oscuros, unos camperos que eran los que usábamos pa' transportarnos por esta zona y hombres armados caminando, algunos con camuflado, otros vestidos común y corriente, con cachucha o con esos gorros negros sobre la cabeza con los que solo se le ve los ojos, todos con botas. Las personas de la comunidad estaban corriendo, gritando, los niños llorando. Olía a pólvora. Eso era un descontrol la cosa más escalofriante. Busqué entre el tumulto a los señores que a esa hora debían estar haciendo unos bloques pa' construir sus casas, pero nada, no había nadie. Lo que sí, es que vi algunas herramientas de trabajo tiradas.

En ese momento sentí a alguien detrás de mí, era un hombre, me cogió del brazo y me dijo: "Venga, vieja, pa' una reunión aquí arribita". El corazón más se me aceleró: "¿Reunión de qué? No señor, aquí nosotros no nos reunimos con nadie", le respondí. "¡No le estoy preguntando!". Me quedé en silencio y caminé despacio con las piernas temblándome. A mi lado había un montón de vecinos. Íbamos como arriados por algunos de esos hombres que nos apuraban desde atrás, mientras otros iban de casa en casa sacando a la gente a las malas. Ahí fue cuando vi a don Evelio, pálido, con la cabeza agachada, y detrás de él un hombre alto, con una cachucha y un revólver en la mano. Lo empujaba y le gritaba: "Ay, hijueputa, ¿y tú es que no acatas órdenes? ¿A ver cómo es que te las tengo que dar?". Ni respondió ese pobre. Cuánta razón tenía cuando asustado acudió a donde mi esposo.

Seguimos caminando. Al sobrepasar la curva vi un montón de gente reunida en la placita, que era el lugar donde los *pelaos* se juntaban a jugar, nosotras a conversar, mejor dicho, donde nos entreteníamos. Muy cerca estaba el centro de salud. Cuando miré al piso vi unos señores acostados boca abajo, amontonados. ¡Dios mío!, ni dejaron acercarse. A los niños y a las mujeres nos empujaron hacia el centro de salud. "¡Rapidito, pa' dentro malparidas!", nos gritaban.

Como pude entré, éramos muchas. Las mujeres sollozaban, sudaban, los niños lloraban, todas temblábamos. Me acerqué a un huequito que había en una de las paredes, necesitaba saber qué pasaba afuera. Distinguí a algunos de los que estaban acostados boca abajo, eran vecinos, tenían las manos sobre la cabeza o

amarradas con una cuerda en la espalda, muy estropeados y rodeados de hombres armados. Uno de esos tipos, que no olvido, vestía un pantalón de overol, camisa de cuadros, botas y en la cabeza ese gorro negro con el que solo se ven los ojos. Él, con un machete les pegaba planazos a los señores, los mandaba a alzar la cabeza, cuando no los obligaba a levantarla cogiéndolos del pelo y les hablaba. Después de eso hacía parar a unos y a los otros los dejaba acostados, seleccionaba. Mientras tanto, seguían llegando más señores pa'l piso, y más mujeres y niños pa'l centro de salud.

Cada vez me costaba más respirar, pero no era capaz de dejar de mirar. Trataba de ver quiénes eran todos los señores que estaban en el suelo a pesar del temor que sentía de encontrarme con la cara de un familiar, de un amigo. De un momento a otro, las mujeres empezaron a gritar, los niños no aguantaban más. Ahí llegó uno de ellos y nos sacó pa' llevarnos a otra casa. Ya en camino y sin dejar de mirarlos, aproveché la confusión y me empecé a quedar atrás. Cuando sentí que no me notaban corrí a esconderme en un lugar en el que sabía que aún podía ver a los señores y a los hombres armados. Y sí, veía a los señores, a los que estaban maltratando y, además, a unos que entraban a las casas, sacaban cosas y dinero. Robaban. Y a otros que estaban cogiendo palmas secas y las agrupaban. Conté más de 30 hombres armados, de un lado pa' otro, dando órdenes, hablando, algunos con acentos que no me sonaban parecidos a los de acá.

Volví la vista. El hombre del gorro negro y el machete caminaba de principio a fin la fila de los que estaban en el suelo, miraba a cada uno. De repente se paró enfrente de uno de ellos,

se agachó y le levantó la cabeza, alcancé a ver su perfil y supe ahí mismo quién era: don Jorge Torres. El "Negro" Torres, amigo, agricultor, más bien callado. Según lo que él nos contaba nació en Chalán hacía como unos 40 años. Vivía con sus seis hijos y su esposa aquí en Pichilín. A don Jorge, el hombre del gorro le preguntó: "¿Has visto guerrilleros por acá?, ¿los has visto pasar?". Él, golpeado y con la voz entrecortada, le dijo: "No, yo no conozco de guerrilla". Es verdad, don Jorge nunca conoció de guerrilla. Sí veía gente armada, por un lado, él se pasaba pa' el otro, la evitaba, no preguntaba, ni siquiera por chisme miraba qué hacían o dónde. "Ah, ¿es que no sabes hijueputa?", le gritó e hizo una seña. Dos hombres lo agarraron y lo arrastraron, lo alejaron unos metros de donde estaban los demás. ¡Ta-ta! le dispararon en la cabeza. Mataron a don Jorge. Uno de los hombres armados gritó: "Cómo no malparidos, ¿qué creyeron?, ¿que los paras no nos íbamos a meter por aquí a darles plomo? Nosotros nos metemos donde sea. Aquí venimos a hacer una limpieza por toda esta zona. Para que no se les olvide hijueputas: nosotros somos las Autodefensas de Córdoba y Urabá".

Tenía la boca seca y el cuerpo ni lo sentía, lo único era una sensación de apretuje en medio del pecho. Ahí vi que los hombres armados señalaron a otro señor, levantó la cabeza y era don Luis Salgado. Mientras lo miraban, hablaban de un diente de oro y lo golpeaban. También hablaban de apodos. Apodos que les había puesto la comunidad a algunos de los muchachos de acá, uno porque era capaz de atravesar el arroyo de allí arribita u otro porque corría mucho cuando se ponía a jugar.

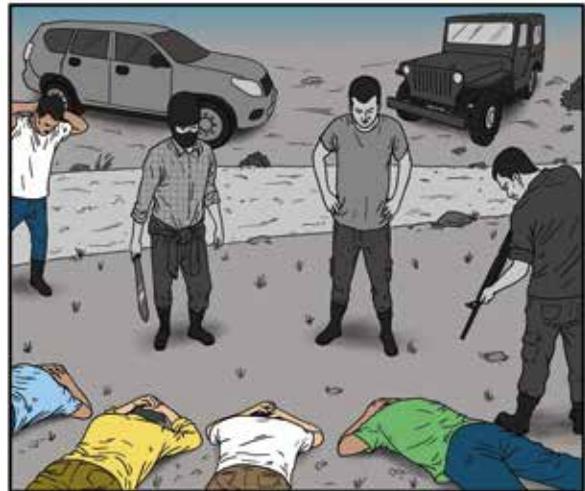
Y así estaba, mirándolos y escuchándolos, hasta que empecé a sentir un olor a quemado. Alcé la cabeza y más arriba de la placita vi un

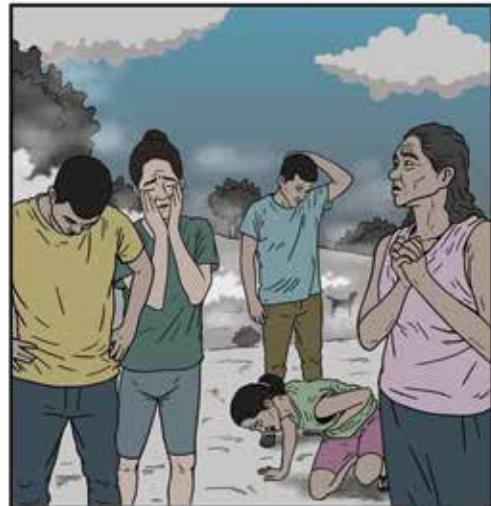
humaral la cosa más impresionante. Miré pa' donde estaban apilando la palma y ya no había ni una. Ahí mismito me imaginé que si el fuego era por esos lados y a orilla de carretera, lo más seguro es que estuvieran quemando los billares.

La neblina se fue esparciendo por todo el pueblo y ya no distinguía bien pa' donde estaban los señores. Así pasó un rato hasta que alcancé a ver que levantaron a alguien, era don Manuel Pérez. “¿No te querías ir pues, malparido?, ¡ándate!” le gritaron. Caminó, y dándoles la espalda a esos hombres se fue en dirección al colegio. Uno de ellos lo siguió y entre ese gris vi que una luz salió disparada, don Manuel cayó. Le dieron un tiro por la espalda. El apretuje en el pecho se hizo más fuerte. “Nadie va a quedar vivo”, pensé.

Luego de eso pararon a la gente que estaba acostada y los empezaron a montar en unos carros. Y era pararlos porque muchos trataban de hacerlo y solo lograban ponerse en cuatro. “Suban, hijueputas, que les vamos a dar un paseíto ¡rapidito!” les gritaban. Yo no hacía sino sudar y sudar. Y aún con ardor en los ojos logré ver que montaban a don Ovidio, don Emiro, don Luis, Federmán, Everto el hijo de Emiro... y a dos personas más. Esforcé la vista lo más que pude y me quedé mirando a uno de ellos. El corazón se me puso a mil. No aguanté parada y caí. ¡Mi esposo! Lo subieron golpeándolo por detrás: “¡Que se muevan, hijueputas, a la segunda no repetimos!” Con todos montados, arrancaron los carros y pasaron: uno, dos, tres, cuatro, cinco... conté once carros con la cara sudorosa y enjuagada en lágrimas. Por un momento solo escuché a los perros latiendo, muy duro, eran varios y corrían por la carretera. A los perros se les unieron las mujeres, gritaban, algunas se desvanecieron sin quién las

sostuviera, los niños lloraban, los señores que quedaron se cogían la cabeza. Comenzó a salir gente de todas partes. Era como si todos hubiéramos estado escondidos, silenciosos y esperando. Se empezaron a reunir. Yo esperé y después de un rato me logré parar con la ayuda de un árbol que había delante de mí. Tenía que buscarlo. Me acerqué a donde estaba el tumulto. Algunos dijeron: “De pronto fue que se los llevaron presos. Vamos a buscarlos, ellos deben estar en el batallón. No perdamos las esperanzas”, y se fueron por ropa pa' llevarles. Mientras otros, hablando más bajito, decían: “Hombe, pero esos, los paramilitares entran es a matar gente. Esa gente, seamos honestos, esa gente no debe estar viva”.





Al final decidimos ir a buscarlos, nos veríamos más tarde y arrancaríamos todos los que pudiéramos. Yo no quería ir a la casa, pero me armé de fuerza y caminé. Lloraba y lloraba y con un padrenuestro en la boca que no lograba terminar. Eso era un montón de pensamientos. En el camino se me acercó una amiga de acá de la comunidad: Trinidad. Me sobaba la espalda mientras yo le decía: “Trinidad, ¿yo qué voy a hacer? Se llevaron al viejo, yo no creo que lo vaya a encontrar vivo”. Ella se quedó mirándome: “No, ¿cómo así? Por ahí estaban diciendo que a él lo vieron por allá más arriba del arroyo”. “Cuando le diga, Trinidad, yo lo vi”, le dije. Ella agachó la cabeza y con una mano se sobaba la frente. No dijo nada más. Me acompañó a la casa y se quedó un rato conmigo, nos hicimos unas aromáticas. Cuando se fue me quedé mirándola. Salió despacio, con la cabeza pa’l piso y parando cada tanto a respirar. Ella también tenía a quién buscar.

A la hora que quedamos de vernos, me paré, caminé y sin comer fui a encontrarme con la gente. Con un apretuje en medio del corazón sabía que se venía lo más duro. Estando todos reunidos, algunos con la ropa de sus seres queridos, empezamos a andar. Llegando al puente de Pichilín me eché la bendición y seguí caminando. Cuando miré adelante sentí un desaliento en todo el cuerpo, una tembladera, no lo creía. Se me acercó y en ese momento me brincó el corazón: “¡Dios mío!”, grité. Tenía el pantalón y la camisa llena de pantano y pasto, la cara raspada, y no traía la mulera ni el sombrero. Me cogió de un brazo y me apretó bien duro. No nos dijimos nada. Trinidad ahí mismo se acercó, le puso una mano en el hombro y me dijo: “¿Sí ve? Aquí está su esposo, ¿qué le dije?”. Él me miró y

solo atinó a decirme: “¿Y Evelio?”. “Mijo, no sé. La última vez que lo vi lo estaban sacando de la casa”, le contesté. Soltó un suspiro.

Se acercó don Darío, otro vecino, lo abrazó y le preguntó: “¡Ay hombre!, ¿a usted en qué rastrojo fue que lo tiraron?” Con una medio sonrisa en la cara él respondió: “Eche, yo iba pa’ donde don Marcial a llevarle el tabaco. Ya estaba siempre adelantico, de aquí más pa’ arriba. Cuando empezaron a pasar unos carros de transporte público y unas camionetas, esas de vidrios negros. A mí eso no me dio buena espina, pero yo seguí con mi burro pa’ arriba, porque el que nada debe, nada teme. Hasta que vi que venían caminando unos hombres armados, unos camuflados, otros no, y hasta encapuchados. Ahí sí me dio un susto el berraco, pero ni alcancé a tirar pa’ ninguna parte porque cuando menos pensé ya tenía al lado dos tipos *enferrados*. Me dijeron que me bajara del burro, que una reunioncita, que no sé qué, y les dije: “No hombre, nosotros aquí somos independientes. Nosotros aquí no tenemos que ver con nadie. Aquí él que quiera entrar que entre y si sale, bien, pero reunioncitas, no”. Hombre, yo que terminé de decir eso y uno de esos tipos me cogió de la camisa y me jaló, caí en el piso y tirado en el suelo me dio una patada y me dijo: “Pilas malparido con lo que decís, que hoy te mueres”.

Al levantarme me empujó y me puso en camino hacia Pichilín. Llevábamos un rato caminando cuando otros *manes* más adelante gritaron: “¡Ey, pa’ acá se volaron unos hijueputas!”. Ahí mismo estos dos salieron volados, se metieron p’al monte y empezaron a disparar: ¡ta- ta-ta- ta! Yo aproveché todo ese boleo de bala y ese despelote y me tiré a correr. Eche,

uno tiene que querer mucho a la vida pa' que casi a los 70 años salga a correr de esa manera. De ahí yo no sé ni con qué me choqué y caí rodando por ese monte y vea como me volví. Por allá me quedé bien escondido, asustado, sobre todo por mi señora cuando vi ese humaral tan grande. Eso de lejos se atisbaba. “¿Qué fue lo que pasó?”. Don Darío le respondió: “No, pues, que a esos tipos les dio por quemar la casa y el billar de la seño Julia Sierra, y el billar de don Tuliano Torres, quizque porque ahí jugaban guerrilleros. De milagro no los quemaron a ellos”. Nos volvimos a quedar callados, cabizbajos. Mi esposo me cogió otra vez del brazo, se me acercó al oído y me dijo: “Mija, no sé qué se hizo el burro”. Yo sólo atiné a sobarle la espalda.

Más adelante, en el camino, vimos que venía una gente al encuentro con nosotros: “¿Ustedes son de Pichilín? Es que más arriba hay unas personas tiradas en la carretera... y están muertas”. Empezamos a llorar de nuevo. Yo sentí que la tristeza se me había encarnado en el alma. Ahí todos nos unimos al rosario que encoraba doña Aura. Ya sabíamos lo que se venía. Empezó a caminar más gente con nosotros, como una procesión en Semana Santa. Entrados en Colosó se nos sumó una seño y su hija. La seño dijo que esa tarde les habían sacado de la casa al esposo y al hijo y que creía que habían sido los mismos que hicieron eso en Pichilín. Ella respiraba rápido, con la boca abierta, los ojos rojos e hinchados.

“¿Comadre, si vio? Mataron al señor Manuel Pérez, el de Asmón, y al señor Jorge Torres”. “Sí, Trinidad”, le contesté. Ella se quedó mirándome. “Allá se quedaron las familias llorándolos. Así vamos a estar más adelante, esto no pinta

bien. Si no, mire al señor Manuel, nueve hijos, con esas condiciones económicas tan difíciles. Él que no hacía sino trabajar la tierra y venirlo a matar. ¿Cómo va a hacer ahí la señora? y ¿se acuerda? cómo le gusta... bueno, le gustaba jugar béisbol”, me dijo. Nos quedamos calladas.

Salimos de Colosó. Cada vez andábamos más despacio. Dejamos de rezar. Cuando nos estábamos acercando a un lugar que se llama La Llave, a mitad de camino entre Colosó y Tolú Viejo, vimos un grupo de gente sobre la carretera y sentí nuevamente ese olor a quemado. A mí el solo olor me estremeció el cuerpo. Algunas de las personas que estaban con nosotros salieron corriendo y otras como esperando lo peor se pusieron a llorar. Nos hicimos camino entre la gente y pa' cuando llegamos ya dos mujeres habían reclamado su dolor. Eran las seños que se nos habían unido en Colosó: la maé' y su hija. Lloraban encima de sus muertos, los aprisionaban contra el cuerpo. Además del pae' y del hijo, había otro señor. Eran tres las personas que estaban en el suelo boca abajo, a un costado de la carretera, con las manos amarradas en la espalda y con heridas en la cabeza. Más adelante había un campero quemado.

“Esto es un viacrucis”, nos decía una seño que estaba al lado de nosotros. “Esto es muy escalofriante, matar al pae' y al hijo. Mire, tanto que dicen: “El que nada debe, nada teme”, y esta violencia es como que nos dijera: aquí no hay que deber pa' temer. El muchacho, Israel Vergara, con apenas 21 años ya era profesor de aquí de la región, encariñado con el vallenato. Imagínense que hasta en un conjunto de vallenato estaba. El pae', don Manuel Vergara, zapatero, con siete hijos sumando a Israel.

Eso sí, también trabajaban la tierra como todos nosotros acá. A ver, dígame: ¿Qué guerrilleros iban a ser?”. No era ni pa’ responder. Se fue pa’ el otro lado, más cerca de la seño y su hija.

Mi esposo y yo nos quedamos ahí parados. Luego me senté sobre una piedra, ya estaba amaneciendo: “No puedo más, mejor espere-mos que venga un carro y seguimos la búsqueda”, le dije. “¿Mija, por qué mejor no se va pa’ la casa?, pa’ que descanse”. Lo miré y le contesté: “Yo no quiero volver a Pichilín”. Se sentó a mi lado, me puso la mano en el hombro y se quedó viendo hacia el piso pa’ donde estaba uno de los señores asesinado. “¿Mija, ese no es don Germán Ramos, el señor que nos ha transportado de Pichilín pa’ estos lares?”, me preguntó. “Sí, es don Germán”.

Amaneció un poco más. Algunas personas habían decidido seguir camino. Los que nos quedamos les hacíamos compañía a las seños, a los dos señores Vergara y a don Germán. A medida que iba amaneciendo llegaban más personas, familiares de ellas. Se agachaban al lado de las seños, las abrazaban, las mujeres lloraban y los hombres ponían la mirada sobre los muertos cabizbajos.

Pasaron unos carros y se ofrecieron a llevarnos: “Vengan, súbanse, nosotros vamos pa’ ese lado”. Nos montamos. Después de un rato, más o menos a un kilómetro de haber pasado Toluviejo, vimos de nuevo unas personas amontonadas. Nos bajamos y dimos unos cuantos pasos. Otra vez la misma escena. Dos señores boca abajo, con las manos amarradas en la espalda, con heridas en la cabeza y personas llorando a su alrededor. Esa vez sí me acerque más, solo de ver la mujer que lloraba

al lado de uno de ellos sabía que eran amigos. “Lo siento mucho Trinidad”. La rodeé con el brazo, ella me miró con los ojos llenos de lágrimas, muy rojos. Estaba agachada al lado de él y le sostenía una mano. Le acerqué mi cara y lloré. “Yo no creo que esto lo superemos”, me repetía una y otra vez.

Daniel Rivera era agricultor, le encantaba el béisbol. En esta zona a los señores y a los muchachos les ha gustado mucho hacer deporte. Tenía 38 años, pae’ de dos niños y casado. Don Emiro Tovar, muy conversador, era el chancero del pueblo. Cada tanto nos poníamos a charlar y le mandaba a hacer los números que a veces me soñaba en las noches. También trabajaba la tierra. Nació en Colosó. Pae’ de 15 *pelaos*, uno de ellos ya sabíamos que nos lo encontraríamos más adelante. “¿Sabe que es lo peor? Yo alcancé a ver cuando pasaba el carro que llevaba al hermano mío. Iba llorando y diciendo adiós con la mano”, me decía Trinidad sin dejar de llorar.

Me paré y di unos cuantos pasos. En ese momento se me acerca mi esposo: “Mija, estemos acá con Trinidad, acompañémola”. Lo cogí de la mano y lo llevé a un ladito: “Mijo, nosotros volvemos, pero aún hay personas que buscar”, le dije. Arrancamos en otro carro donde también iba don Darío. Cuando llevábamos un rato de recorrido él le dice a mi esposo: “Hombre, yo aquí pensando. En el peaje La Esperanza, como a cuatro kilómetros de donde estaban los señores de Colosó y a un kilómetro de donde encontramos a don Emiro y Daniel, hay un retén de la fuerza pública ¿Entonces esos tipos cómo pasaron por esta vía tan campantes?” Todos nos miramos en silencio, mientras don Darío siguió murmurando.

Cuando estábamos pasando por la vereda La Venta, ahí en el corregimiento de Varsovia, vimos tres personas echadas a un costado de la carretera, boca abajo y con las manos amarradas en la espalda. A diferencia de los anteriores no había tanta gente alrededor. Nos bajamos del carro, caminamos hacia allá. Mi esposo en un momento se quedó mirando a uno de ellos y después volteó su cara hacia atrás. Me buscó, caminó más rápido. Al llegar a su lado se encucilló, le cogió la cabeza entre las manos y la movió hacia a él. Ahí mismo me miró con sus ojos bien abiertos y entreabrió la boca como si fuera a decirme algo. “¿Qué pasó?, ¿quién es?” le dije. No me respondió. Me dirigí hacia él lo más rápido que el cansancio me dejaba, me acerqué y lo miré. ¡Ay, no!, grité. Agachó la cabeza, cubrió su rostro con una mano y empezó a sollozar. Yo me hice a su lado y también lloré. El hijo de nuestra comadre y vecina estaba ahí amarrado, maltratado y muerto. Ese pelao cuando chiquito se escapaba de su rancho pa’ ir al nuestro a jugar con los perros y a veces a amanecer. Ya grandecito se iba con mi esposo a sembrar, a desyerbar, y muchas noches se iba pa’ nuestra casa a conversar con él y sus amigos. Jugador de fútbol. Era nuestro ahijado, pa’ nosotros un hijo más y así lo queríamos. “Mijo, hay que avisarle a la comadre rápido”. “Sí”, me dijo y siguió sollozando.

Cerca de nosotros estaba la señora Myriam y su hijo sentados al lado de otro de los muchachos que estaba en el suelo. Tenía los ojos muy hinchados, pero ya no lloraba. El niño dormía con la cabeza recostada en sus rodillas. “Donde nos venimos a encontrar ¿cómo le parece?”, me dijo. “Ay señora Miryam, en el peor momento”, le respondí. Ella se quedó mirando a su hermano:

“Estaba recogiendo maíz, y cuando escuchó los tiros y la gritadera se fue pa’ el pueblo a ver qué había pasado. En el camino se encontró con don Gabriel, que le dijo que se devolviera, pero le dijo que no, que allá estaban los hijitos y la mujer, y que él nada debía... y mire cómo terminó”.

A estos tres muchachos los conocía muy bien. Denis Ruiz tenía 22 años. Casado con Diana y dos hijos. Él estaba dedicado a trabajar la tierra, de eso vivía. Enamorado del fútbol, hacía parte del equipo de acá. Don Ovidio Castillo era agricultor y atendía una tienda en Pichilín. A veces cuando tenía que comprar algo allá me sentaba un rato a conversar con él, ahí fue que supe que nació en San Andrés de Sotavento, se vino muy joven pa’ acá a trabajar, aquí se conoció una muchacha y se quedó. Pae’ de tres niños. Mediocampista del equipo de Pichilín. Y Everto Tovar, el hijo de don Emiro Tovar, con 22 años. Ese muchacho tenía una energía impresionante, se mantenía de un lado pa’l otro, ya fuera tapando bolas en los partidos de fútbol o trabajando la tierra con su pae’. “¿Si vio mija?, nos acabaron el equipo”, me dijo mi esposo.

Nos quedamos. Logramos avisar a nuestra comadre, la esperamos y la acompañamos. Don Darío se fue a buscar al resto de personas y al rato regresó en un campero. Se bajó y estuvo ahí con nosotros. Se hizo al lado, callado, con la cachucha en las manos y la cabeza agachada. “¿Cómo está eso más adelante?”, le preguntó mi esposo. “Hombe, mal, como acá, la misma tristeza. Ahí por el corregimiento La Arena los dejaron tirados y amarrados al lado de la carretera, eran el muchacho Federmán y el señor Luis Salgado”, le respondió.

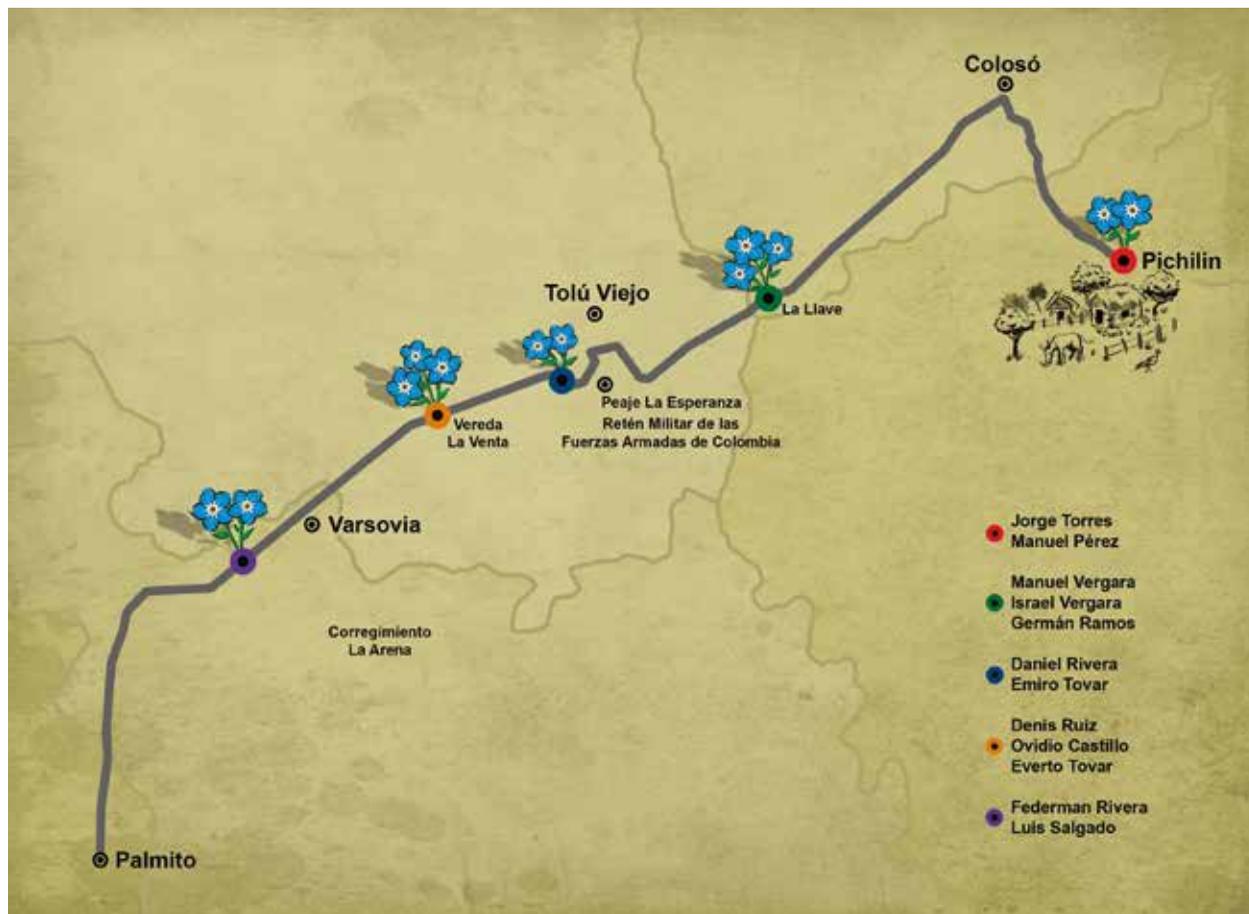
Federmán Rivera tenía 22 años. Le decían el “Tren” por un jugador de la selección Colombia: El “Tren” Valencia. Cuando hacían los partidos de fútbol, allá llegaban todos a la casa a celebrar y a él lo celebraban porque corría mucho. Tenía cuatro hijos y esposa. Trabajaba el campo sembrando yuca y tabaco. Don Luis Salgado iba mucho a la casa. Lo recuerdo cuando se paraba en el horcón del rancho, y con la camisa en el hombro y la rula amarrada a la cintura me pedía tinto y se ponía a conversar con los señores que estaban ahí. A él le iba bien. Tenía un tractor, sembrados y varios animales. Ayudaba mucho a la comunidad con préstamos de plata, herramientas pa’ los cultivos o con cualquier cosa que neijos en Pichilín, pero pa’ ese momento don Luis, cansado de que la guerrilla le quitara plata, ya tenía casa en otra parte y estaba por irse.

Con el sol casi encima de la cabeza nos ayudamos a levantar. Ya se iban a llevar a nuestros difuntos. Pero cuando los montaban a los carros, volvían los gritos, las lágrimas. Nos abrazábamos. Algunas mujeres caían de nuevo al pímás duro, con la boca abierta como pa’ no ahogarse. Mi esposo ayudó a nuestra comadre, de a poquito, a que se parara. Había otro viacrucis que recorrer y un camino que desandar.

Cuando regresamos a Pichilín, nos reunimos, después fuimos a las casas a comer algo y a cambiarnos. De ahí, con nuestros amigos y la familia nos acompañamos al cementerio. Al regreso, empezamos a empacar, habíamos tomado una decisión. El 8 de diciembre de 1996, con el apretuje en el pecho, llorando y sostenida del brazo de mi esposo nos fuimos de Pichilín. A nuestro lado estaban los vecinos, la comunidad y los perros, calladitos, sin mover la cola.

En honor a Jorge Luis Torres Cuello, Manuel de Jesús Pérez Gómez, Germán Eulises Ramos Mercado, Manuel María Vergara Villalba, Israel Remberto Vergara Puche, José Daniel Rivera Cárdenas, Emiro Rafael Tovar Rivera, Denis José Ruiz Rodríguez, Ovidio Castillo, Everto Segundo Tovar Zequea, Federmán Rivera Salgado y Luis Eduardo Salgado Rivera, las víctimas de esa masacre.

Mapa 2. Recorrido realizado por los paramilitares en la masacre de Pichilín



Fuente: elaboración propia CNMH.

2.2. “Ante tanta zozobra, mejor devolvemos que quedarnos”

El mismo 8 de diciembre llegamos a Morroa. La mayoría nos quedamos en la Casa de la Cultura y los que no, se fueron pa’ donde sus familiares o conocidos. Cada día era una lucha por tener lo necesario. Pa’ la comida lo que hicimos fue

crear unos comités que iban de casa en casa y a las tiendas a ver qué nos podían regalar, era algo que se hacía todos los días. La solidaridad de los morroanos fue muy grande, pero no queríamos ser una carga, y en algún punto supimos que no iba a ser suficiente. No dormíamos, sentíamos mucho miedo y zozobra. Los niños estaban enfermos y nosotros también. Teníamos hambre. Recuerdo un día a don Darío diciéndole a mi esposo: “Hombe, aquí también nos vamos a morir”.

En Pichilín se habían quedado algunos amigos y vecinos de la comunidad que no se desplazaron, y se dedicaron a alimentar los animales y a cuidar las casas: el señor Reinaldo González, el señor Luis Enrique Salgado, la señora Ana Felicia Ravelo, la señora Inelda Salgado, y Nacira Tovar, que estaba recién parida. Pero, cuando vimos la cosa tan maluca en Morroa, los señores empezaron a ir a Pichilín a trabajarle a la tierra y a darles vuelta a los animales. Al principio se iban en la mañana pa' regresar en la noche, pero después empezaron a amanecer. A mí se me revolvía el estómago de solo escuchar a los niños llorando cuando sus paes se iban pa' Pichilín. Lloraban duro a pesar del hambre y lo enfermos que estaban. "Nooo, papi, noo", gritaban cada vez que ellos les daban la espalda, mientras se echaban la bendición con la esperanza de regresar. Yo también me ponía así, triste, cuando mi esposo se iba pa'l rancho. Quedábamos las mujeres calladas, rogando que no fuera a pasarles nada y dedicadas a hacer, con lo que se tenía, la comida necesaria pa' no morirnos de hambre. Sabíamos que había que cuidar lo ya construido y ante tanta zozobra nos estaba pareciendo mejor devolvernos que quedarnos aquí, sin saber qué íbamos a comer al día siguiente.

Y así fue, el 22 de diciembre, sin más acompañamiento que algunos soldados y en unos camiones viejos regresamos a Pichilín. A todos nos cayó un peso encima cuando nos bajamos de los carros y tocamos suelo. Estar aquí fue recordar la masacre y el miedo se hizo más pulpito. Nos quedamos parados un rato, callados, y mirando a lado y lado sin nadie atreverse a coger camino. Todo se veía igual, lo único era que no había más gente que nosotros, muy solo y mucho silencio.

Los primeros que se atrevieron a caminar fueron los perros, corrían por toda parte batiendo las colas y algunos ladrando. ¡Ah bien que conocían su terruño! Después nos atrevimos nosotros, los seguimos, pesados, despacio y sin hablar.

Cuando nos adentramos más en Pichilín, vimos que en realidad no estaba solo, estaban unos hombres del gobierno, de la Armada, como les dicen, que vinieron a acompañarnos en el retorno. Y con los días nos dimos cuenta de que la guerrilla también estaba e igual que siempre. Los únicos que nos habíamos ido y nos sentíamos acabados éramos nosotros. Eso dio más miedo, porque en cualquier momento podrían atacarse con nosotros en el medio, pero también, y con el tiempo pasó, nos podrían atacar a nosotros. Éramos una comunidad en medio de dos grupos armados que ni se conocían... pero eran enemigos.

En esa época también hubo muchos rumores y sospechas. Por esa curiosidad de saber por qué nos pasó lo que nos pasó, dudábamos de muchas personas que estuvieron en la comunidad días antes de la masacre. Personas que no vivían en Pichilín, pero que trabajaban aquí. Nos daba miedo quién llegaba, quién pasaba, hasta de los conocidos. El pensamiento era que quien se iba, era porque llevaba alguna razón, y él que venía, era a ver alguna cosa. Temíamos bastantísimo de hablar con esas personas, con los vecinos, con todo el mundo. No queríamos saber de nadie. Uno le pasaba un problema o cualquier cosa y uno se callaba, a nadie se lo comentaba, uno no se podía expresar. Vivíamos con miedo.

Ahí se murió la Junta de Acción Comunal, las organizaciones de los *pelaos*, los comités, todo.

Quedamos cada quien por su lado. Daba miedo reunirse y hablar. Cuando pasó lo de la masacre preguntaron y buscaron los líderes, los secretarios, al tesorero, a cualquiera de la Junta, pa' asesinarlos. Desde ese día, esa labor se volvió peligrosa, todo el mundo cogió miedo. Nadie quería hacer parte de una organización. Mataron todo.

2.3. “Ya ni sabíamos quién era quién”

La Armada estuvo en Pichilín desde diciembre de 1996, cuando retornamos, y se fue en febrero de 1997. Después de eso, de vez en cuando, se pasaban por acá hasta regresar de manera permanente en el año 2002 a hacer operativos por toda esta zona. Eso fue un despliegue muy grande, más de mil soldados por toda esta región. Ya no era como antes, un solo retén en la vía de Colosó, que fue el que quitaron el día de la masacre, o amanecer de un día pa' otro, no.

Se quedaban semanas enteras y tenían dos retenes fijos: uno a la altura de La Siria, en la vía que conduce de Colosó a Tolú Viejo y otro en la entrada de Morroa. Más los retenes móviles, que eran cuando salían de cualquier parte, de suso. Uno se los encontraba a cada rato. Bueno, a ellos y a la guerrilla. Y eso pa' la comunidad fue escalofriante porque si con un solo grupo armado era difícil, ahora con dos que no hacían sino darse bala entre ellos y señalar a la población civil de enemiga, vivir aquí se volvió imposible. Debido a eso, nos tocó aprender a defendernos, a sobrevivir. Cada persona y cada familia creó estrategias pa' que nada grave les pasara, pero también pa' permanecer en lo propio.

Por esto, encontramos buenos escondederos pa' meternos con la familia cuando había combates entre la guerrilla y la Armada, o ametrallamientos desde helicópteros del gobierno. No nos alcanzaban las balas, aunque sí los cascos que más de una vez nos cayeron cerca. Aprendimos desde la masacre que si escuchábamos algún sonido raro o los perros ladrando corríamos pa'l monte y allá amanecíamos, así quedáramos todos picados de mosquito. Entendimos que dormir a medias y alertas a cualquier sonido nos podría salvar la vida.

Supimos que uno podía ser sospechoso pa' la guerrilla y sus milicianos cuando salía más de dos veces de Pichilín, si se iba a hacer un mandado por fuera de acá y a ellos les caía la Armada, o se gestionaban proyectos con el gobierno. Identificamos que la llegada de soldados en la madrugada a los ranchos era porque iban a llevarse a alguien pa' la cárcel o iban a estropearlo delante de la familia mientras lo señalaban de guerrillero.

Y hasta en un tiempo creímos evitar la muerte sí nos encerrábamos en los ranchos antes de las siete de la noche, que era la hora en que sonaban disparos. Ya fuera con llave, con candado, con la silla recostada contra la puerta y siempre con la rula cerca. Encerrarse pa' que nadie saliera, pero sobre todo pa' que nadie entrara. Los que tenían televisor se ponían a ver las noticias y los que no, nos acostábamos a esperar y a preguntarnos después de que sonaban las ráfagas: “¿A quién habrán matado?”. Al otro día llegaba la respuesta y el ir a dar el sentido pésame. Eso fue algo que pasó por toda esta región, como en Las Piedras, que todavía se escucha decir a algunas señas: “Cierrenme esa puerta, no ven que ya van a ser las siete”.

En Pichilín esos asesinatos selectivos empezaron desde 1991, más o menos, que fue el año en que las FARC hizo presencia. Esa guerrilla mataba graneadito, uno a uno, lejos de las casas, nunca delante de nadie de la comunidad y, en lo posible, no más de dos personas en un mismo día. Eso sí, cada uno con su supuesta justificación. En el tiempo antes de la masacre mataban porque: “Se robó una vaca”, “estaba por la finca del señor tal y se llevó un pavo y unas gallinas”, “estaba haciendo daños por allá por Asmon”, y así. A partir de 2002, con la Armada acá, era por: “Andar de sapo con el gobierno”, o por apoyar y recibir proyectos del gobierno. Y mientras eso pasaba, la guerrilla cometiendo asesinatos selectivos, los soldados hacían lo propio señalando a las personas de guerrilleras sin ninguna prueba.

Fue tanto el maltrato que hasta hubo un tiempo que si uno necesitaba ir a un lugar por fuera de Pichilín debía hacerlo en bicicleta, en burro o a pie, no había otra manera, y quienes estudiaban o trabajaban afuera les tocó quedarse a vivir allá o irse de aquí el lunes en la mañana y regresar el sábado. Todo esto porque la guerrilla y la Armada señalaron a los conductores que pasaban por acá de estar en el bando contrario, y por eso mataron y estropearon a varios conductores, hasta que los que quedaron decidieron no volver a pasar por estos lares. Es que si los de la Armada les decían que los llevaran a tal parte y ellos los llevaban, la guerrilla ponía el ojo sobre ellos. Y pasaba lo mismo cuando la guerrilla les decía que los llevarán a algún lugar, y ellos lo hacían, se convertían en sospechosos pa’ los soldados.

Lamentablemente esos no eran todos. Porque no sólo eran los soldados, los guerrilleros y los milicianos maltratándonos y señalándonos de

estar en el bando enemigo; eso también lo hicieron unos tipos de pasamontañas que andaban con la Armada: Los “caratapá”. Ellos eran *pelaos* de la región que pertenecieron a la guerrilla como milicianos, pero de un momento a otro empezaron a trabajar con el gobierno, señalando a personas de la comunidad de guerrilleras. Eso fue tenebroso. Sentíamos que cualquiera persona podía aparecer muerta, ser detenida o golpeada. Eso de “el que nada debe nada teme”, es mentira, cualquier cosa, desde la mirada del que está armado y se cree autoridad, se puede convertir en deuda.

“Entre la espada y la pared”

—¡Ey Carlos!, ¿vamos al pozo?

—¿Quiénes? —le respondí.

—Digámosle a Marlon, a Santi y al Esteban, que hoy no hacían sino puyar pa’ que fuéramos —me dijo.

—Hágale. Yo voy a donde la profe Zoraida primero y nos vemos en la puerta en diez minutos.

Ese era plan de casi todos los viernes. Salíamos de la escuela que queda en el centro poblado de Pichilín y con el uniforme aún puesto íbamos en bicicleta a bañarnos a un pozo cerca de mi casa, que queda por los lados de Asmon.

—¿Listo Carlos? —me preguntó.

—Sí, arranquemos. ¿Y Marlon? —respondí.

—No hombre, ya se fue con la prima pa’

la casa. No quiso venir por la mamá, anda muy nerviosa después de lo que le pasó al hermano mayor.

—¿Y él cómo sigue?

—Ahí va, recuperándose. Es que esos soldados le pegaron muy duro. Todavía está cojo y casi no sale de la casa.

Éramos cuatro *pelaos* andando en esas bicicletas a lo que nos dieran las piernas. Íbamos hasta un portillo que está sobre la carretera y ahí dejábamos las ciclas, el resto lo hacíamos a pie subiendo una trocha empinada que queda al lado de la que lleva a mi casa. Ese día, cuando estábamos a punto de llegar al pozo, con las camisetas al hombro y las caras sudorosas, escuchamos unas voces y risas de hombres. Todos nos miramos; era raro, normalmente ese lugar se mantenía solo. Nos quedamos un rato parados a ver si distinguíamos alguna voz, no sabíamos qué hacer.

—Vengan, vamos. Deben ser otros *pelaos* de por acá —dijo Santi.

Caminamos despacio el poquito tramo que nos faltaba. Cuando llegamos había cinco tipos en el agua y uno intentó salir como alarmado, nos miraban de los pies a la cabeza. Nos acercamos hasta quedar de frente de ellos.

—¡Ah! ¿Y qué tal la escuela? —nos dijeron—. No respondimos nada ni nos movimos.

—Pero vengan, métanse con confianza, los estábamos esperando. Aprovechen que no estamos de servicio —dijo uno de ellos. Los demás se rieron.

Reconocí a dos, los había visto pasar por estos caminos, y alguna vez habían ido a la casa a pedir comida y agua. Eran guerrilleros. Miré al piso, había pantalones verdes, camisetas, botas pantaneras, maletas y unos fusiles. Nosotros nos sentamos uno al lado del otro bajo un árbol, callados y mirándolos. Ninguno se atrevía a irse, pero tampoco a meterse. Los guerrilleros siguieron bañándose en el pozo, hablando duro y riéndose; de vez en cuando nos miraban de reojo.

Así estuvimos un rato largo hasta que uno de ellos salió del agua, se acercó a nosotros y nos empezó a gritar al tiempo que movía una mano con fuerza.

—¿Entonces qué?, ¿se meten o se largan?

—Los demás se quedaron quietos, como esperando.

Ahí mismo nos paramos y caminamos arrastrando los pies mientras nos poníamos las camisetas. Cuando estábamos por empezar a bajar la trocha, el mismo que nos había echado nos dijo:

—¡Ey! y mucho cuidadito se ponen de sapos que la cuentan una vez, pero dos no.

Asentimos con la cabeza, seguimos andando y cuando sentimos que no nos podían ver comenzamos a correr hasta que llegamos al portillo.

—Nos dañaron el plan, qué pereza esto así —dijo Esteban con la voz entrecortada por el cansancio.

Nos despedimos, cada uno cogió su bicicleta y arrancó. Yo cogí la mía del manubrio y caminé hasta llegar a mi casa.

—¡Qué milagro usted tan temprano por acá! ¿A qué santo le prendo la vela?, ¿o es qué pasó algo? —me dijo mi mamá apenas me vio.

—Nada mamá, muy cansados, ni fuimos a bañarnos al pozo —le dije. Se quedó mirándome. —Ay mejor hijo, por ahí andan esos hombres. Acá vinieron hace un rato a pedir candela quizque pa' prender fuego y no sé qué. Menos mal no se los encontró, ¿o sí? —me dijo.

—Nada, yo no he visto a nadie. Nos quedamos hasta ahorita en la escuela —me puso una mano en la cabeza.

—Menos mal —y siguió haciendo los quehaceres. Encendí el radio y me puse a escuchar música esperando a que se me pasara el susto y el aburrimiento.

Al otro día me desperté bien temprano, tenía que ir por una pesa a donde el señor Marcial porque mi papá la necesitaba pa' un tabaco que iba a vender. Cuando me senté a desayunar escuché a unos hombres gritando y mi mamá respondiéndoles. Salí y caminé hasta llegar al lado de ella.

Vi a seis soldados y un tipo “caratapá”. “Vaya, éntrese a comer. Mire que se tiene que ir rápido por lo de su papá”, me dijo mi mamá. No me moví. “Hágale, pues, que le estoy hablando”, me repitió. La miré, di media vuelta y a un paso de entrar al rancho escuché la voz de un hombre atrás de mí: “Oiga, ¿ha visto guerrilla por acá?”. Volteé, era uno de los soldados. “No nada, yo no sé de guerrilla”, le respondí. El “caratapá” caminó rápido hacia mí, mientras me sacaba el dedo de la mitad: “¡Mierda es lo que

hablas, sabes muy bien dónde está la guerrilla! Nos andan echando mentiras. Como sepa que es mentira, ya sabés qué es lo que te pasa, malparido”, me gritaba.

Me quedé paralizado, lleno de temor. Pensaba que si esa gente se iba por los lados del pozo y encontraba alguna evidencia de que la guerrilla estuvo por allá nos iba a pasar de todo. “¿Se quedó pues ahí?, ¿vivo que lo cogió la tarde? Le tocó irse sin desayunar, su papá necesita esa pesa pa' ya”, me dijo mi mamá con la voz temblándole. Me sacó de la parálisis, la mire: “Pero mamá, yo no la...”. Ni me dejo terminar. “Ya le dije, ¡corra!”, me gritó. Pasé con la cabeza agachada por el lado de ese soldado y del “caratapá”, sentía que no me quitaban la mirada de encima. Me acerqué a mi mamá, le di un beso en el cachete, me apretó la mano fuerte y me echó la bendición. Cogí la bicicleta y cuando estaba por salir de la finca paré a mirarla, allá estaba en medio de esos tipos.

Me fui asustado y lo más rápido que pude pa' donde el señor Marcial. Cuando llegué estaba ordeñando una vaca que tenía amarrada a un lado de su casa. “¡Buenas Carlos!, ¿y por qué tan agitado?, ¿quiere jugo?, me dijo. “Sí, le agradezco”, le dije mientras me bajaba de la bicicleta y la dejaba tirada a un lado. Se paró de la butaca, me pasó su brazo por los hombros y nos fuimos pa'l rancho. “María, dele un vaso de jugo a este *pelao*, que mire cómo viene”, le dijo el señor Marcial a su esposa. Me senté, con la respiración agitada y callado. “¿Le pasa algo, hijo?”, me dijo la señora María, mientras me daba el jugo. “Que allá quedó mi mamá con unos soldados y un tipo “caratapá”. Por unos minutos se quedaron en silencio. “¿Y eso hijo?, ¿qué querían?”, me dijo ella. “Lo de siempre, que sí habíamos visto guerrilla, ¿qué

por dónde estaba? Lo peor es que yo ayer sí los vi por los lados del pozo y hasta me amenazaron, y mi mamá me contó que en la casa estuvieron pidiendo candela”.

“¿Y ustedes qué dijeron?”, me preguntó el señor Marcial sentado al lado mío. “Que no, que no habíamos visto a nadie”. “Mejor, eso es pa’ problemas malucos. Aquí uno está entre el Ejército y la guerrilla, y pa’ peor sin saber quién es la espada y quién es la pared. ¿Y su papá?”. “No, él no estaba. Se madrugó a hacer unos mandados, por eso no pudo venir por la pesa”, le respondí. Se levantó y me puso una mano en el hombro: “Quédese tranquilo Carlos, que su mamá no es ninguna boba y más de una vez le ha tocado lidiar con eso. ¿Y usted ya desayunó?”. “No señor, llegaron cuando apenas estaba comenzando”. “Le voy a echar una yuca con suero. Sin comer no se queda”, me dijo la señora María y salió hacia la cocina.

Me sirvió la comida, pero no me pasaba nada. Estaba muy asustado, sobre todo por mi mamá. “Coma algo mijo, no se quedé así”, me decía mientras barría. “No me entra. Yo creo que mejor me voy pa’ la casa”. Ahí ella se fue hacia donde estaba su esposo: “Mijo, Carlos se quiere ir, dígame que no. Mínimo todavía están esos hombres allá”. Él se paró de la butaca y caminó hacia nosotros mientras se limpiaba las manos con un trapo que mantenía en el hombro. “¿Que se va a ir pa’ llá? Eso es pa’ poner más nerviosa a su mamá, a ella nada le pasa. Más bien quédese a almorzar que aquí nadie lo está echando”, me dijo. “Sí señor, yo sé, pero no soy capaz”, le respondí. Me miró un rato sin decir nada, luego pasó por el lado mío y se entró al rancho. Se demoró unos minutos y salió con un costal.

“Cuídese mucho, no se arriesgue, fíjese primero antes de pasar. Ahí va la pesa”. Se la recibí y le dije: Sí señor, no se preocupe. Les agradezco mucho”.

Me fui rápido en la bicicleta, pero no por la carretera principal, cogí una trocha pa’ aligerar camino y también pa’ evitar otro encuentro con esos *manes*. Cuando llegué al portillo de mi casa no vi a nadie. Me bajé de la cicla, dejé el costal y salí corriendo. Atravesé el rancho: “¡Mamá, mamá, mamá!”, gritaba. La encontré en la parte de atrás con el delantal mojado viniendo hacia mí. “¿Qué?, ¿qué es esa gritadera?, ¿qué le pasó?”, me respondió mientras me esculcaba con la mirada. “¿Por qué está mojada?”, le pregunté aún asustado. “Lavando ropa, ¿por qué más va a hacer? ¿Cómo le fue a donde el señor Marcial?”, me dijo y siguió caminando. “Bien mamá, ahí traje la pesa. ¿Y esos tipos qué?”. Volteó la cara hacia mí: “hace rato se fueron, no se preocupe más por eso. Vaya e instale mejor esa pesa, antes de que su papá llegue”.

2.3.1. “¿Qué culpa tenemos nosotros de que por aquí pase guerrilla?”

“Uno quedaba a la voluntad del uniformado”

Eche, en esa época en Pichilín se vivió mucha cosa escalofriante. Mi mujer, mis hijos, muchas personas de la comunidad, como aquí mi vecina y amiga Aidé, sufrimos los maltratos de al menos uno de los grupos armados que hicieron presencia acá y varias veces de los dos.

Eso era tenebroso. En el caso mío y de mi familia fue por parte de la Armada. ¡Ay hombre!, vea, me acuerdo una vez que iba con mi hijo pa' Colosó a que lo vacunaran porque tenía leishmaniasis. Eso era plan de todos los días: ir allá a que le aplicaran la medicina porque no nos la daban creyendo que hacíamos parte de la guerrilla o la llevábamos pa' algún guerrillero, pero como eso nunca hemos sido, allá estábamos sin falta. Ese día mi hijo iba en la yegua y yo en el burro saliendo de Pichilín. En un punto atisbamos a unos soldados, era un retén móvil, y pasándoles por el lado nos pararon. Ahí estaba un teniente que se mantenía por acá, Rodríguez, bajito, colorao' y malcriado. Lo acompañaban unos soldados y dos tipos "caratapá".

El teniente se nos acerca y nos dice: "Buenas ¿a dónde van?". "Vamos pa' Colosó", le respondí. Como no habló nada más, nos seguimos. Cuando alcancé a escuchar que uno de ellos dijo: "Mire, ese que va allá es Cortés".

—Háganme el favor se devuelven —dijo el teniente.

—Sí, cómo no —le respondí— ¿qué se le ofrece?

—¿Usted es fulano de tal?

—Yo soy el mismo, es cierto.

—¿Qué donde usted pasa la guerrilla?

—Eche', pasan por ahí, sí señor.

—Ah ¿pero usted no lo niega?

—Yo por qué lo voy a negar. Si ustedes pasan por donde mí y luego pasa la guerrilla

detrás de ustedes, y preguntan: "¿Por aquí pasaron soldados?", yo les respondería: "Sí, por ahí pasaron". Y si ustedes pasan después de ellos y me preguntan: "¿Está por ahí la guerrilla?", les respondería: "Por acá andan, ciertamente".

—Bueno ¿y qué le dijeron? —me preguntó.

—Ni adiós, teniente.

—Mucho cuidado con lo que responde ¿Y ese muchacho qué tiene?

—Ese es hijo mío y está con leishmaniasis. Lo llevo a Colosó a vacunarle.

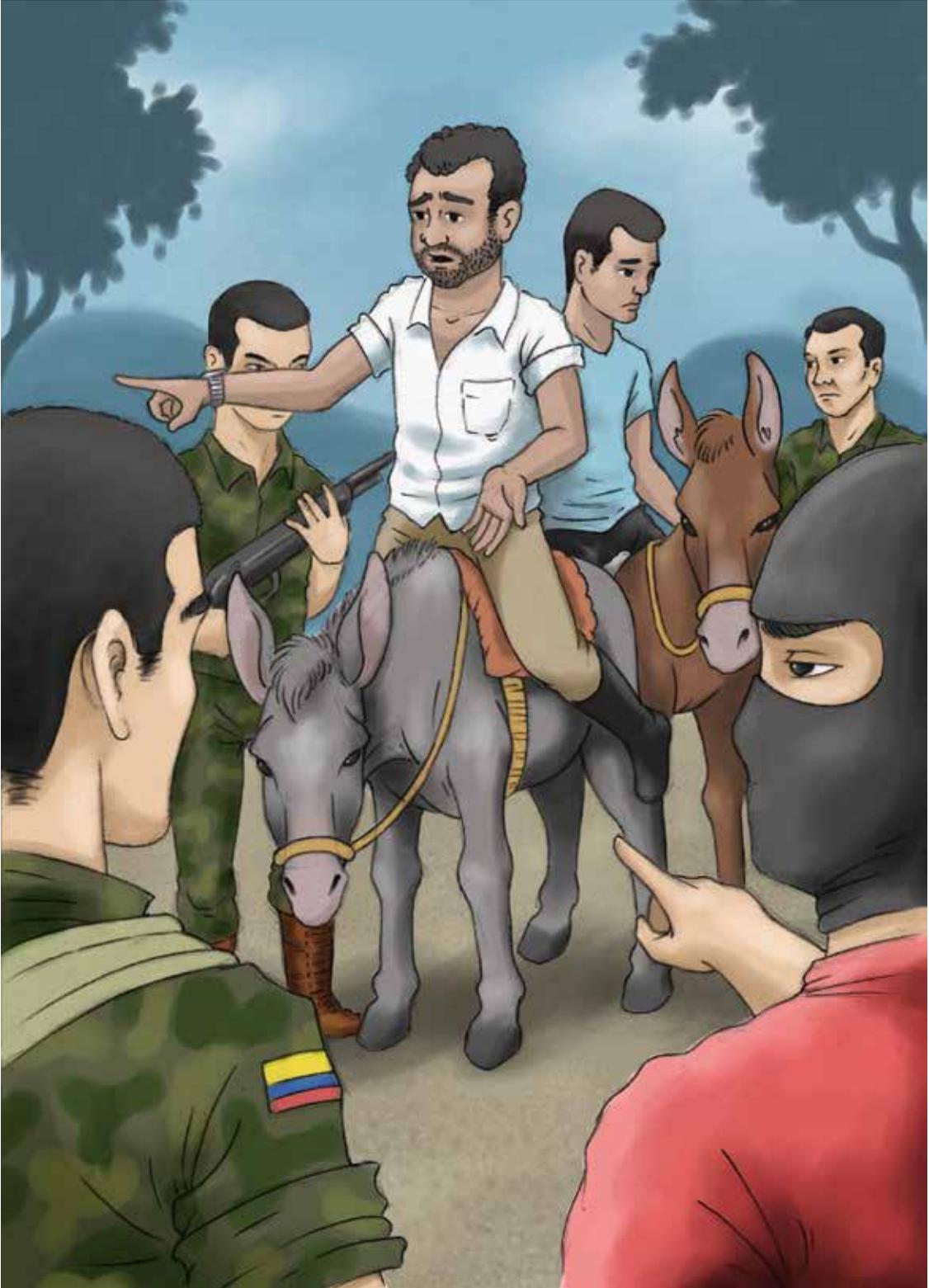
—Pues hoy no va a poder ir. Queda detenido con nosotros y él también.

—Bueno, así será, al final acá es lo que ustedes manden. Sólo pido que al *pelao* no se le deje pasar la medicina.

—No, no se preocupe que eso lo resolvemos ahora que lleguemos a Corozal.

Cuando íbamos camino hacia allá, se me acercó y me empezó a preguntar un montón de cosas, que mi edad: "58 años, sí señor". Que si conocía a un *man* que le decían Jean Carlo y si era guerrillero: "Sí, lo conozco, lo he visto varias veces, y si ustedes lo andan buscando pues ha de ser porque es guerrillero", le respondí. A ese teniente yo le sentía como una piquiña, como cuando uno quiere llegar a un lado, pero no sabe cómo.

Después de un rato de estarme preguntando cosas me la soltó: "Es pa' ver si usted nos puede colaborar pa' capturar a Jean Carlo y ahí se



gana una buena plata”. A mí ni rabia me dio. Más bien le devolví algunas preguntas que él me había hecho:

—Teniente, ¿usted cuántos años tiene?

—25 años.

—¿Tiene hermanos y papá?

—Sí, yo tengo hermanos y mi papá está vivo.

—Mire teniente, dígame a su papá y a sus hermanos que se cojan a Jean Carlo y se ganen esa plata que creo es bastantica. Que aprovechen que ellos no viven acá y nunca se cruzan con esas personas. Además, la guerrilla tampoco sabe dónde viven ni su papá, ni sus hermanos, nadie de su familia. Porque yo no estoy pa’ eso. ¿Sabe por qué?, si ese tipo fuera un burro yo lo amarraba del pescuezo, después lo amarraba a un árbol y me quedaba esperando hasta que usted llegara. Pero... ese tipo no, ese tipo anda armado y no anda solo, anda con un montón de gente. Pa’ cuando yo me lo coja, ya el hombre me ha matado a la familia y al último que matan es a mí. Entonces, se pierde esa platica, se pierde la familia mía. Y usted se queda riendo. Es que mire, la Policía de Colosó se fue huyéndole a la guerrilla, la de Chalán se fue huyéndole a la guerrilla. Se fueron ellos que estaban armados, ahora nosotros que estamos desarmados... menos.

Qué nos vamos a meter en esos problemas. Esa obligación es de ustedes que tienen armas y están detrás de ellos. Vayan y cójanlo ustedes —le respondí.

Se quedó mirándome y no dijo nada. Seguimos caminando. Cuando llegamos a Corozal vimos que había más personas capturadas. Ese día les había dado por coger a varia gente. Nos llevaron pa’l batallón. Allá nos pusieron a firmar unos documentos. Al principio no quería, entonces le dije al soldado que estaba con el papeleo, que me leyera qué decía ahí, que yo sin saber no firmaba nada. Me dijo que era una constancia de que no fuimos estropeados de ninguna manera, ni física, ni psicológicamente.

A lo que yo le dije que sí habíamos sido estropeados, que ahí no estábamos por voluntad propia y que yo ni sabía por qué estaba ahí. Igual me tocó firmar, ya qué más iba a hacer. Al menos duramos muy poquito detenidos. Aun así, a uno se le creció el miedo, uno no sabía qué hacer, casi no me atrevía a salir y cuando lo hacía era con un susto el berraco.

Es que esa es parte de la historia mía, pero acá a muchos los estropeó el gobierno. Si no, que lo diga Aidé, que tantas cosas vio y le pasaron. A veces nos poníamos a contarnos las historias y uno terminaba temiendo por lo que a uno le había pasado, pero además por lo que ella contaba. Como lo de los retenes que montó la Armada pa’ pedir la cédula. Ahí nos la revisaban, y si era de Colosó o Morroa, mejor dicho, de esta zona, eso era un problema. Una vez yo estaba por allá por La Loma, llegando a Morroa y me encontré un retén donde me pidieron la cédula.

“Hombe, cómo no, ya me la han pedido más de mil veces”. Cuando el soldado la vio ahí mismo me dijo: “¡Ja! pero es de Colosó, eso allá está recomendado por haber buena guerrilla”. Yo lo miré y le dije: “Yo vivo es en Pichilín y no soy guerrillero”. Ahí el berraco sonriendo me fue diciendo: “Peor. Oiga, ¿y es verdad que pa’ Pichilín las personas tienen que llevar dos cabezas,

una pa' regresar y otra pa' que se quede allá?”, me dijo a cacho pelado. “Ahora es que lo oigo de voz de ustedes, yo no he visto ese caso todavía”, le contesté. Ese día fue que no me pasó nada grave y hasta risa me dio, pero unos días después Aidé me contó que vio cómo golpeaban a unas personas en esos retenes mientras les preguntaban un mundo de cosas, y hasta ahí llegué yo, le cogí un miedo el berraco a eso.

Y eso era cuando las personas pasaban a pie, burro o bicicleta. Si eran carros los que pasaban por los retenes, cuando todavía venían los conductores por estos lados, la Armada les revisaba todo pa' saber qué entraba o salía de Pichilín. Hacían bajar a la gente y la acostaban en el suelo: niños, niñas, mujeres, quien fuera. Del que sospechaban lo cogían a pata, lo quemaban con la cabeza de los cigarrillos, lo amenazaban y le quitaban lo que tuviera. Si uno llevaba gasolina pa' una máquina, aceite o un mercado que ellos consideraban era más de lo que uno necesitaba, decían que uno le estaba llevando esas cosas a la guerrilla y ahí el problema. Aidé le tocó mucho eso porque trabajaba en un restaurante que era pa' los niños y cada ocho días tenía que salir de Pichilín a comprar bastante mercado. Como lo que me contó esa vez Aidé, ¿se acuerda?

—Ah sí, eso no se olvida. Yo venía nerviosa desde hacía rato porque a mí un día me cogieron y me trataron muy mal. Al menos al final me creyeron que la comida era pa' el restaurante, y me dijeron que pa' la próxima debía tener una orden judicial donde decía que los alimentos que compraba eran pa' allá. La saqué y me movía era con esa carta, pa' mí eso era como la contra. Hasta una vez que venía pa' Pichilín con un conductor que conocía de

antes y quien ya me había transportado varias veces. Él traía un mercado grande pa' surtir una de las tiendas. Como era costumbre cuando pasamos por el retén nos pararon y nos bajaron. A mí me daba mucho susto esos retenes porque a pesar de que eso era pan de cada ocho días uno sabía que quedaba a la voluntad del armado, a lo que quisieran pensar y hacer con uno, mejor dicho, dependíamos del humor que tuviera ese día. Uno se sentía chiquitico. Y así fue, después de bajarnos nos hicieron acostar en el suelo y le preguntaron al conductor: “¿Por qué tanta comida? ¿Eso para quién?”. Él no sabía ni qué contestar, temblaba y solo decía: “No”. Lo cogieron a pata y seguían preguntándole, él no era capaz de decir nada. ¡Uh!... lo dejaron toditico estropeado. Después de eso... fue el último día que trabajé pa' el restaurante, me fui de allá. Ahí no había contra que aguantara y yo no iba a arriesgar más mi vida.

— Eche Aidé, así fue... sí.

Es que uno vivía en un lugar donde había guerrilla, sí, y uno se la podía encontrar, pero pa' los soldados era más fácil decir que todos éramos guerrilleros o informantes de la guerrilla y así nos trataban. Más de una vez nos tocó ver y vivir cómo llegaban esos camiones con soldados a las casas a sacar a los *pelaos* a golpes y a gritarles que ellos qué sabían, que hablaran. Los amarraban, los quemaban, los insultaban. Las gallinas y los pavos se los mataban. Los dejaban siempre con menos. Después de eso, los muchachos quedaban vueltos na', con trauma, cambiaron mucho, no salían casi y no podían ver a ningún uniformado porque corrían a esconderse.

Algunas de esas familias perdieron gran parte de su sustento porque los señores se iban pa' otra parte por miedo a que los mataran, o cuando se quedaban no eran capaces de coger la tierra. Entonces les tocaba a las señoras hacerse cargo de todos los quehaceres pa' sostener la casa. ¿O no, Aide? Eso era así...

—Eche, pero no era sólo hacernos cargo de la casa. A nosotras también nos tocó que nos dijeran cosas, nos insultaran, nos amenazaran, que nos trataran de guerrilleras o de meternos con guerrilleros. A una amiga de acá de Pichilín, Oneida, la hija le nació con los ojos verdes. Un día la estaba soleando afuera del rancho, cuando unos soldados se le quedaron mirando la niña y le dijeron: “¿Y esa por qué tiene los ojos de ese color? ¿Quién sabe de qué hijueputa guerrillero será?” Ella ahí mismo la cogió y la apretó contra el pecho, pensó que les podía pasar todo lo malo. El maltrato era muy constante. Lo que sí, es que nosotras no sentíamos que nos fuera a pasar algo grave, por eso a veces mandábamos a los esposos o a los hijos mayores a que se fueran a otra parte, pa' que no los lastimaran, y esa era una de las veces que nos tocaba quedarnos a cargo de la familia. Es que acá en esa época hasta a los animalitos les tocó. Esos perros salían detrás de esos soldados ladrándoles y ahí mismo se llevaban su patada. Más de una vez los escuché decir: “Chandosos, partida de hijueputas, igualitos a sus dueños”. Eso era mucha zozobra.

“No sabemos ni manejar un arma. ¡Están cometiendo un error!”

Yo nací hace más de 60 años en el municipio de Colosó, pero a los 10 años mis papás me trajeron pa' Pichilín. Aquí terminé de crecer, conocí a mi mujer, tuve mis hijos, desde siempre he trabajado la tierra y, cuando las cosas se pusieron difíciles, también me dediqué a evitar que nos violentaran, pero esa sí que fue una tarea imposible de hacer; en ese tiempo el sufrimiento nos persiguió. Como en 2004 mi familia y yo vivimos uno de los momentos más difíciles que nos ha tocado pasar, exactamente el 11 de junio de ese año.

Ese día, después de comer, nos acostamos mi mujer y yo. Los hijos ya cargaban con su propia obligación y vivían cada uno en su casa, aunque cerquita del que era mi rancho en esa época. Yo llevaba un rato dormido cuando escuché unos gritos y unos golpes muy fuertes. Medio me desperté y la mujer ya me tenía agarrado del brazo. Me restregué los ojos una y otra vez, estaba como aturdido. Enfoqué bien la vista y me di cuenta de que aún estaba oscuro y que los gritos venían de la puerta pa' fuera, pero cerquitica. “Mijo, mijo, no vaya a salir, ¿sí?”, me susurraba. Me solté de ella, prendí una vela y miré el reloj que mantengo conmigo, eran las dos y media de la mañana. “Somos la ley, abra la puerta que, si no, la tumbamos”, gritaban. “Un momentico que ya salgo, yo a nadie me le escondo”.

Miré a mi mujer que me decía una y otra vez “no” con la cabeza, después a la rula que estaba detrás de la puerta. Me puse los zapatos, y cuando estaba por salir, esos berracos me tumbaron



la puerta y entraron en manada. Me cogieron entre varios, me tiraron al piso y con la cabeza hacia abajo, solo sentía las patadas. Me sacaron arrastrado y afuera me pararon. Tenía las piernas temblándome y dos uniformados grandototes agarrándome de la camisa. Intenté abrir los ojos, pero tenía la luz de las linternas dándome en la cara. “Oiga, despiértese”, me gritaban. “No, es que yo dormido no estoy, lo que estoy es asustado”, les respondí. Cuando logré abrirlos y acostumbrarme a la luz, vi al frente mío a los dos hijos que vivían más abajito, arrodillados, con la cara llena de sangre y cada uno con un soldado atrás sujetándolo.

Me cayó como un baldado de agua fría. “¿Qué pensó? Tranquilo, que solito no se va”, me decían. La cosa se puso más grave. Los soldados empezaron a sacudirme y a darme cachetadas en la cara. Yo sólo miraba a mis hijos en silencio. “¿Dónde están las armas?, ¡hable!” me gritaban. “¿Cuáles armas?”, les respondí. No entendía nada. En ese momento, uno de los uniformados que tenía al frente me gritó: “No, nos haga perder el tiempo viejo malparido o ¿es que te vas a hacer reventar?”, y me mostró su mano empuñada. “¡Ah, sí!, las armas, sí señor. Están en la parte de atrás de la casa, recostadas contra una pared”. “Ahí sí recobrás la memoria, guerrillero hijueputa”, me dijo y se fue pa’ la casa. Lo seguí con la mirada hasta que entró, detrás de él iba otro soldado, y al pie de la puerta vi a mi señora con la cara enjuagada de lágrimas. Yo solo pensaba: “Nos van a pelar”. Al rato regresó el uniformado lleno de rabia, con la cara roja: “¿Qué creyó? ¿que estamos jodiendo, o qué? Se lo advierto, a la próxima no la cuenta. Usted sabe a qué armas me refiero. ¿Dónde están los fusiles?” Lo miré

a los ojos y le contesté: “Esas son las armas mías, las de la vida: cuatro rulas largas pa’ picar monte y los tacuaritos pa’ raspar. Esas son con las que hago el diario de mi familia, la comida, con lo que trabajo. Yo no cargo fusil porque ni mato, ni le hago mal a nadie”.

Se me quedó viendo e hizo una seña con la mano hacia lo oscuro, ahí apareció un tipo que yo no había visto en todo ese despelote: Un “caratapá”. “Pues por acá no andan diciendo lo mismo”, me dijo mientras lo señalaba. “Ah, yo no sé qué andarán diciendo, yo solo les puedo decir lo que yo sé y cómo yo vivo. Y si algo él tiene que decir de mí, que al menos me dé la cara y se quite ese trapo”, le contesté. “Ya escuchó, quíteselo”, le dijo. Cuando lo vi, claro, yo lo conocía desde chiquito, era un *pelao* de acá de la región. “¿Lo conoce?”, me preguntó. “Sí señor, lo conozco, ciertamente. Ese comió yuca a cuenta mía. Acá venía muerto de hambre a pedirme comida porque se separaba del grupo de guerrilleros con el que andaba. Nunca le negué nada, pero tampoco le dije nada. Nunca le pregunté pa’ dónde iba, ni de dónde venía, ni qué hacía, porque ni me atrevía. Ni tampoco yo le dije qué hacía porque ya bien veía a lo que me dedicaba: A mi tierra”. Ese tipo ni rechistó. Un soldado lo cogió del hombro y lo jaló.

Los dos soldados que me tenían agarrado me llevaron hasta donde estaban mis hijos y de un golpe me hicieron arrodillar. Ya los tres a la misma altura nos miramos en silencio. Se nos acercó ese soldado que había hablado todo el tiempo. Yo sólo pensé, “aquí fue”. Me dio un calambrazo por todo el cuerpo. “Bueno, señores, ustedes se van con nosotros,” nos dijo. “No

señor, yo a esta hora no me voy con nadie pa' ninguna parte", le respondí. "¿Y eso como por qué?, ¿también va a tocar obligarlo, o qué?". Aún con susto le dije: "Yo hasta que no amanezca bien no le sigo p'allá. Si nos van a matar, mátenos aquí pa' que la familia no tenga que andar buscándonos". Ahí escuché a mi señora llorar duro. "¡Cállese señora!", le gritó. "No viejo, nosotros no venimos a hacer eso, pero de acá nos vamos todos como sea. Y no se preocupe que para donde los voy a llevar hay más como ustedes".

A las malas nos pararon y nos empujaron cogiéndonos de las camisas. Mi mujer se vino a agarrarse de nosotros y antes de que nos alcanzara uno de los soldados la tiró hacia un lado con fuerza. La miré, esa mujer estaba destrozada, a mí eso me dio muy duro. "Tranquila hija que nosotros volvemos. Cuídense". Nos montaron en un camión, arrancó y cada cierto punto paraba e iban subiendo más gente. Y sí, como nosotros, campesinos. Estaban golpeados, cabeciagachados, ensangrentados y algunos lloraban pasitico.

Más adelante, yendo en dirección a Corozal, nos bajaron a todos del camión. "Nos van es a matar, van a matar un poco de ignorantes, no somos nada, no sabemos ni manejar un arma. Están cometiendo un error", dijo un señor de Colosó que conocíamos. En ese momento se le acercó un soldado y con la cacha del fusil le pegó en la rodilla. Cayó en el piso adolorido. "Cállate", le gritó. Algunos de los uniformados se dedicaron a murmurar entre ellos, caminaban de un lado pa' otro, hablaban por radio, pero lo que era a nosotros nada nos decían. Cuando dejaron de estar de aquí p'allá nos hicieron subir otra vez al camión. "¿Pa' dónde vamos?, ¿pa' dónde nos

llevan?", eso era una sola preguntadera. Algunos se subieron sin rechistar y los que no querían los subieron a las malas, eso sí, no sin antes darles su buen golpe. "Tranquilos, que muertos no van a estar, pero encerraditos unos cuantos años sí –nos dijo un uniformado– vamos para la cárcel La Vega, señores".

Allá nos encontramos con muchos vecinos de la comunidad y también conocimos a otros que como nosotros estaban allá sin ser, sin hacer y sin probarles nada de lo que los señalaban. Eso sí, todos los días encerraban más y más gente. Doce personas llegaron a llevar en un solo día. "Están desocupando a Pichilín", decíamos. Cogieron mujeres, hasta madres solteras cabezas de hogar con tres, cuatro o más hijos pequeños. Uno les sabía la historia, las conocía. Trabajaban de sol a sol pa' tener qué darle a su familia y además los soldados se mantenían afuera de sus casas. No tenían ni tiempo, ni manera de hacer las cosas de las que las acusaban, pero aun así las encerraban. Dejaban esos *pelaos* sin sustento y solos, y a ellas con esa preocupación y ese dolor de no saber qué iba a pasar con sus hijos, quién los iba a cuidar. Tal cual como le pasó a la seño Enadis Pérez, dos meses sufriendo por la suerte de sus *pelaos* hasta que la soltaron por no tener nada que probarle. Lo que sí, es que a uno ni el miedo, ni el trauma lo suelta.

A nosotros, al final, nos dejaron dieciséis meses, bueno, nos faltaron quince días pa' los dieciséis meses. Eche, ese fue un tiempo maluco, maluco. En un principio estábamos encerrados dos hijos míos y yo, pero a los días pa' más tristeza cogieron dos más. Uno de ellos era quien nos hacía las vueltas con el abogado.

Se nos apagó toda la esperanza. Éramos mis cuatro hijos y yo encarcelados. Afuera quedaron las familias con muy poco pa' sostenerse porque, además, casi todos los animales que teníamos se fueron vendiendo pa' pagarle al abogado. Con lo único que medio podíamos colaborar era con unas manillas, escobas y cintillos que aprendimos a hacer en la cárcel, y era lo que le dábamos a las mujeres pa' que las vendieran y sacaran algo. Con eso, más lo que podían conseguir por su cuenta, ellas lograron sobrevivir y mantener a la familia. En cuanto a nosotros, nunca nos hicieron juicio, nunca nos probaron ni que éramos guerrilleros, ni informantes, ni hacedores de explosivos, nada de eso... salimos absueltos.

De esa época quedó muchas noches sin dormir, más de un hijo con secuelas, con traumas, y con uno de ellos tuvimos problemas porque no le habían borrado los antecedentes y me lo encerraron todo un día con su noche, pero menos mal eso se resolvió rápido. En cuanto a mi señora, esta es la hora que está enferma de diabetes y ahora es ella a la que todos los días le inyectan insulina. Es que en esa época se me puso a sufrir mucho. El rancho en el que vivíamos se perdió. Mi señora se fue de allá y a nuestro regreso, que fue cuando salí de la cárcel, ya no había nada. Entonces cogimos la última vaca que nos quedaba y la vendimos, con eso construimos un rancho al costado de la casa de una de mis hijas. No me atreví a hacerlo en mi parcela, era mucho el miedo. Pero como todo va pasando, ya son seis años que volvimos de nuevo a lo nuestro y ahí tenemos la vivienda.

2.3.2 "... y las FARC también cometieron horrores"

“¿Han visto a mi hermano?”

En ese tiempo yo llevaba 13 años que me había ido de Colosó y estaba viviendo en Pichilín. Acá conseguí mi propia obligación: mi mujer y mis hijos, que pa' la fecha eran dos pelaitos. La casa de mis papás aún quedaba en Colosó, en la entrada al pueblo. Allá vivían mi papá, mi hermano menor y dos hermanas. Una de ellas es Gloria, la hermana mayor que se encargó de los niños pequeños y de los quehaceres de la casa después de que mi mamá murió. Cuando pasaba a saludar me sentaba a tomar tinto, a conversar un rato, normalmente corto, y casi siempre con ella, quien era la que se mantenía en la casa. Una de esas veces la recuerdo mucho.

Llegué y me paré debajo del marco de la puerta principal. “¡Eh Rafa! Hace rato no venía. ¿Cómo le ha ido?”, dijo cuando me vio, y caminó desde el fondo de la casa hasta llegar a mi lado y abrazarme. “Bien Gloria. Voy pa' más arriba de Colosó a comprar un veneno pa' un sembrado y aproveché pa' venir a saludarlos, ¿cómo está papá?”. Dejó una mano sobre mi hombro y sonrió. “Bien, extrañándolo mucho. Anda en el monte, se fue a preparar la tierra pa' unas yucas”.

Me señaló una mecedora que siempre mantenían en el corredor de la que había sido mi casa por casi 18 años. “¿Quiere tintico? Ya lo tengo listo”. Me senté. “Gracias Gloria, yo sí se lo recibo. Aunque no creo que me demore, tengo que



llegar temprano a la casa a echar el veneno”. Ya iba hacia la cocina cuando me gritó: “Ay Rafa, ¿usted aquí cuándo se ha demorado?”. “18 años me demoré acá Gloria, 18 años”. La escuché reírse.

Se acercó con el pocillo humeante. “Gracias Gloria, ¿y usted cómo ha estado? ¿Cómo ha estado esto por acá?”. Se sentó a mi lado en una silla de plástico y estiró las piernas. “Eche Rafa, la misma vaina, la misma violencia, no hay lugar que se salve. Todos los días un muerto, disparos y gente yéndose”. Nos quedamos un rato callados. Mirábamos a la gente que pasaba y alzábamos la mano cada vez que era alguien conocido. “Ve, ¿y papá cómo sigue de la presión?”. “Pues él dice que bien, pero ese es muy desjuiciado, yo creo que ni la medicina se la toma”, me dijo mientras me miraba con el ceño fruncido.

“Gloria, él está muy grande, que aprenda a cuidarse, esté tranquila – me incliné pa’ poner el pocillo vacío sobre el muro del corredor – bueno, me voy. Dígale a mi papá que yo me paso un domingo de estos a ver si lo encuentro en la casa”. “Que así sea Rafa, esperemos el milagro. Saludes a los niños y a Euge. La virgen lo acompañe”, me dijo mientras me palmeaba la mano. “Amén”, le respondí. Me levanté y caminé hacia a la carretera. Cuando ya estaba subiendo la escuché gritar: “¡Rafa, Rafa!”. Me devolví unos cuantos pasos. “Se me había olvidado decirle. Camilo me había dicho que el martes de la próxima semana va pa’ su casa a pasar unos días, pa’ que esté pendiente”. Estaba asomada por el corredor. “Ah listo. Dígale al hermanito que por allá lo están esperando unos sembrados pa’ que desyerbe”, le respondí. Se sonrió y me hizo adiós con la mano.

Pasó el martes, el miércoles... pa’l jueves decidí ir a comprar unas cosas y pasar por la casa. Ese día desayuné temprano y me alisté: “Euge, ya me voy. Voy a aprovechar y voy a la casa de mi papá a ver si veo a Camilo que al final no vino”. “Que le vaya bien mijo. No se le olvide traer lo que le dije”, respondió aún desayunando. Me fui caminando hacia Colosó con un sol fuerte. Al llegar me quedé en el corredor: “¡Gloria, Gloria!”, grité. Salió con el cepillo en la mano, pero aun despelucada. “Eh, qué alegría, ¿cómo va?”. “Bien, vine a comprar unas cosas pa’ la casa y aprovechar pa’ hablar con Camilo”.

Se me acercó más, quedamos frente a frente, tenía los ojos abiertos. “¿Cómo así que con Camilo? Él se fue el martes pa’ donde usted, salió con maleta y todo”. “Pues por allá no ha aparecido”, le respondí. Se puso una mano en el pecho: “¿Será que le pasó algo?”. Nos quedamos callados. Estaba asustado. “No creo. Voy a comprar las cosas y de regreso pregunto a ver si de pronto alguien sabe algo o lo ha visto. Ahí mismo sepa de él le aviso –me agaché un poco y la abracé– no se preocupe. Vaya mejor y péinese, que así le quita prestancia al apellido”, le dije. Se soltó del abrazo, me miró: “Usted si habla bobadas –me respondió riendo–. Pilas, me avisa, que ustedes se encuentran y no se acuerdan de que uno existe”.

Seguí hacia Colosó, pensativo. Al regreso, desde la entrada de Pichilín empecé a preguntar a la gente que me encontraba si habían visto a mi hermano, si sabían algo de él. También entré a la casa de algunos amigos. No sabían nada. Seguí y cuando estaba cerca de mi rancho me encontré al señor Raúl. Venía arriando un ganado por toda la carretera. “¡Buenas!, ¿cómo

está?”. Se quitó el sombrero y paró: “¡Buenas Rafa! Llevando este ganado pa’l potrero de Fabio. ¿Y usted cómo está?”. “Pues bien. Por acá preguntando por mi hermano que quedó de venir el martes y esta es la hora que no llega”. Se empezó a sobar la cabeza una y otra vez sin dejarme de mirar: “¿Cómo así, Rafa? Es que por ahí andan diciendo que a Camilo lo vieron con unos guerrilleros tirando pa’l monte, pero como por acá se dice tanta cosa ni caso le puse”. El corazon se me puso en un solo agite. “No me diga eso, ¿cómo así?, ¿será que se fue de guerrillero?”. “Quién sabe Rafa, yo a esos *pelaos* de ahora no los entiendo”, se puso el sombrero y empezó a caminar en dirección hacia el ganado. “Yo no sé, pero donde sea, lo encuentro y lo saco. Le agradezco señor Raúl”. Me quedé mirándolo mientras se alejaba despacio con la rula al cinto y sujetando un palo largo que le ayudaba a caminar. “Adiós Rafa, ¡cuídese!”, me gritó.

Llegué a la casa agitado, murmurando un motón de cosas, con rabia. La mujer mía estaba afuera colgando unas sábanas. “Mijo, ¿cómo le fue?”, me preguntó al verme y me siguió hacia a la casa. “Ni sé. Al parecer, el Camilo sí se vino desde el martes, pero según lo que me dijo el señor Raúl, que me lo encontré ahorita, lo vieron con unos guerrilleros subiendo pa’l monte. ¡Lo que faltaba! que este se fuera de guerrillero”, le respondí. “¿Cómo así?, ¿entonces qué va a hacer?”. Me senté en una banca y al lado puse lo que traía. “Buscarlo, me lo traigo como sea”. Se me quedó mirando y me dijo: “Dígale a mi papá y a Javier que lo acompañen”. “Sí, hija. Voy a desacalorarme y almorzar pa’ salir a buscarlo”.

Cuatro días duró su búsqueda. Caminamos este monte de arriba a abajo, lo pregunté con varias personas. Al segundo día ya había de-

jado de dormir y comía porque tocaba. Había momentos de mucha rabia, enojo, otros de mucha esperanza y ánimo de encontrarlo, ya ni quería regañarlo. Al tercer día no sabía ni qué hacer, empecé a pensar lo peor porque nadie me daba razón. Eso era muy raro. Y así fue, el cuarto fue el último día de búsqueda, un 16 de julio, ese día lo encontramos. Estaba monte arriba, tirado en el pasto con la maleta entre las manos; le reconocí la ropa, sus zapatos. Nos dijeron que llevaba varios días muerto.

Tenía 19 años pa’ cumplir los 20. Me le acerqué y lo miré durante mucho rato. No sabía qué y cómo le iba a decir a la familia. Recuerdo que mientras estaba ahí alguien me dijo: “Rafael, sepa llorarle. Usted sabe que acá todo tiene oídos y no vaya a ser que también le hagan algo a usted”. Así lo hice. Los siguientes días me encerraba en el cuarto de la casa y me sentaba a llorar. Todavía me duele tanto.

A los quince días de haberlo enterrado, estaba en mi casa y vi salir a tres tipos del potrero de al lado de mi casa. Dos estaban enfusilados y el otro traía una pistola en la mano, venían en dirección hacia nosotros. “Vete, coge a los *pelaos* y vete. Si oyes cualquier cosa no vengas pa’ acá”, le grité a mi mujer. Yo corrí a hacerme atrás de un tanque de material que hay en mi casa y clavé la rula ahí. Ella se quedó mirándome, no sabía qué hacer. “Euge, por favor, vete”. No me dijo nada, entró al rancho y pa’ cuando salió traía a los dos *pelaos*, uno de la mano y el otro en los brazos. Caminó rápido. Yo me quedé esperando y pensaba: “Si se me acercan les doy con la rula”. Creí que me iban a matar. Se acercaron a la casa y pusieron las armas en el piso. “Tranquilo, nosotros vinimos a hablar con usted”, dijeron y se entraron pa’l rancho.

Al rato entré con la rula en la mano. Los tres tipos estaban parados. “Nosotros somos de las FARC y queríamos hablar con usted”. “¿Y como qué se les ofrece?”, les respondí. “Vinimos a decirle que nosotros directamente no fuimos los que matamos a su hermano, pero sí fueron unas milicias de nosotros. Se equivocaron”. Me dio más rabia. “¿Cómo así que se equivocaron?, ¿eso es una excusa?”.

Sentí todo el cuerpo caliente y me temblaban las manos de la ira. “Hombe, ellos lo confundieron con un *paraco* de Tolú”, me dijo uno de ellos. Empuñé la rula: “¿Y a mí eso de qué me sirve ahora? Yo nunca voy a aceptar una cosa de esas”. Me salí y los dejé en el rancho, ahí vi que mi suegro y el cuñado entraban por el potrillo, vinieron rápido y se me hicieron al lado. El suegro me cogió del hombro: “Tranquilo Rafa, no agrave lo que ya está agravado”. Yo respiraba fuerte y no soltaba la rula. Ahí salieron esos tres tipos, cogieron las armas y se fueron por donde vinieron. Nunca más los volví a ver.

“El señor Ramiro Salgado”

La guerrilla mató a mi hermano, mató a varias personas y mató al señor Ramiro Salgado, la última persona que asesinaron las FARC en Pichilín, y una de las muertes que más nos dolió y afectó como comunidad. El señor Ramiro era un líder muy querido de acá. Con él sentíamos que cualquier proyecto que pensáramos pa’ beneficio de todos era posible. Nos impulsaba los sueños y nos ayudaba a hacerlos realidad. Cuando él decía: “Vamos a conseguir tal cosa”, era como si ya la tuviéramos. Encontraba siempre

la manera de que saliéramos de la imposibilidad, la negación y el pesimismo. Nos enseñó que hay que caminarle a lo que se quiere.

A los *pelaos* los preparó pa’ darles continuidad a los liderazgos, y no a una sola persona, sino a varios, mujeres y hombres. Con él entendimos que las cosas no las hace uno, las hace el trabajo conjunto, por eso impulsó las organizaciones y la unión comunitaria. Y cuando la violencia, antes de la masacre, fue el primero en decir que una muerte no tiene razón ni justificación. “El pueblo no se mata, se educa”, decía.

Era un hombre inteligente, sabio, preparado desde la ANUC. Nunca se le quedó callado a nadie. La palabra y el diálogo fueron su mejor herramienta pa’ expresar lo que no le parecía, resolver los problemas en la comunidad y rechazar lo que consideraba injusto. Por eso, cuando llegaron proyectos a Pichilín que la guerrilla y los milicianos trataron de acabar, él los enfrentó e hizo lo posible pa’ que continuaran. A ellos les dijo lo que les molestaba sobre su manera de hacer las cosas y eso le trajo problemas. Problemas de los que fue consciente y cuando no aguantó más decidió irse pa’ Sincelejo.

La tarde del viernes 12 de marzo de 2004 se despidió de varias personas de la comunidad. Salió con tres de sus familiares, entre ellos su esposa, y cuando cruzaban el arroyo de Colosó les salieron tres tipos de las milicias de las FARC. Ahí lo mataron. Tenía 57 años. Quedó su esposa, sus nueve hijos y toda una comunidad adolorida. Sentíamos mucho dolor y también mucho miedo, no entendíamos por qué lo mataron. Pensábamos que si lo mataron a él, una persona buena, nosotros

también podíamos correr la misma suerte. La pregunta era: “¿Nos irán a matar?”. Eso era tenebroso. Estábamos desprotegidos y sin ninguna razón de la cual amarrarnos pa’ creer y pensar que a nosotros no nos iba a pasar lo mismo. “Él no lo merecía”, lo repetimos una y otra vez, pero después entendimos que una muerte violenta nunca es de merecimiento y, como decía él, no se justifica. Al final el deber en la guerra es matar. Por eso lo importante pa’ los que mandan a disparar y los que disparan no es a quién se mate, sino que se mate.

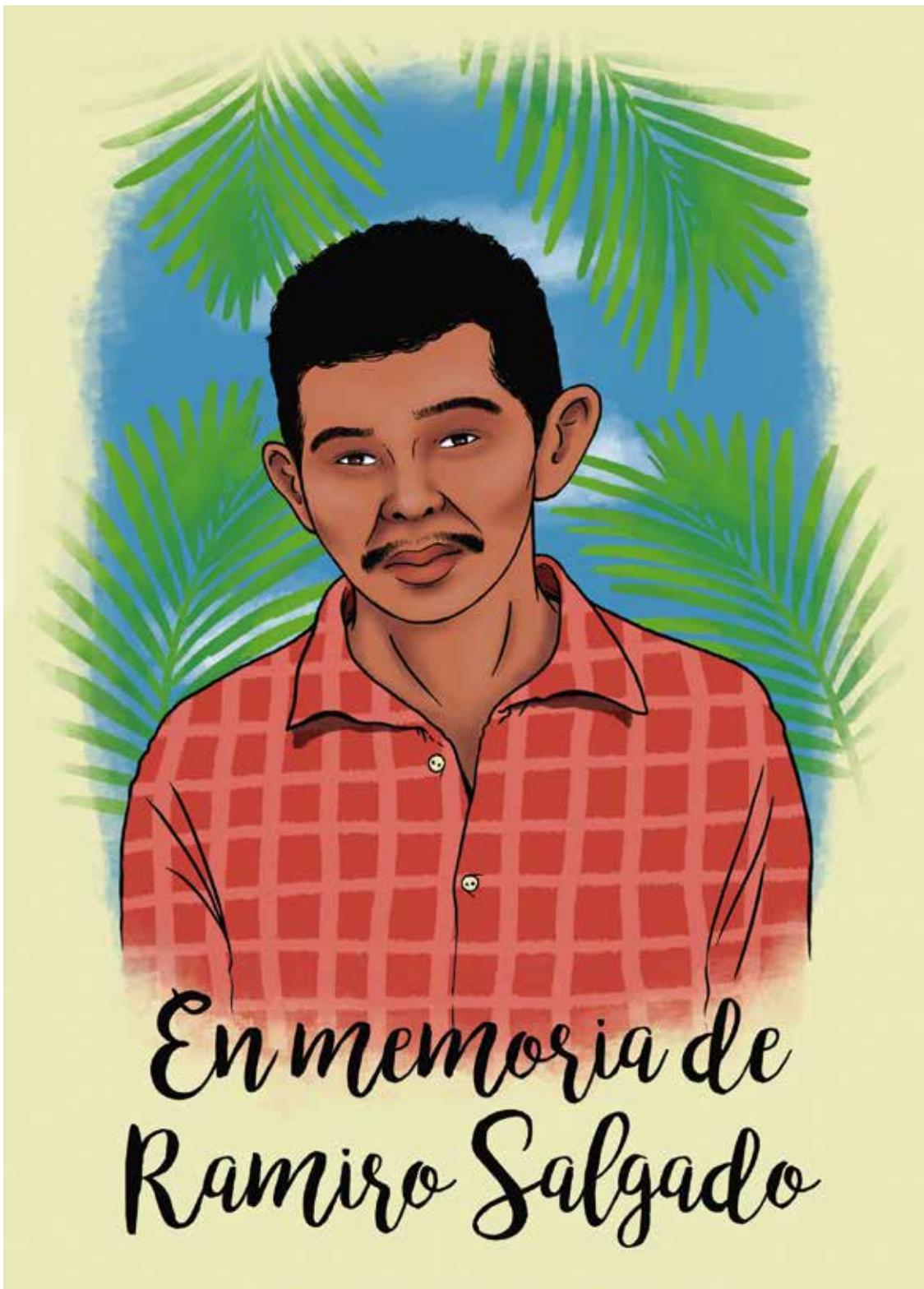
Muchas personas y familias se fueron de Pichilín después de que lo asesinaron. Por semanas, por meses, algunas por años y otras no han regresado. Por ejemplo, su señora e hijos se desplazaron y esta es la hora que no han vuelto. Este desplazamiento, a diferencia del que se hizo después de la masacre, fue graneadito. Cada familia se fue en una fecha distinta y así también han regresado. Y fue porque cuando nos matan a todos juntos, nosotros hacemos conciencia comunitaria, entre todos, pero después de todo lo que pasó: matarnos de uno en uno, *pelaos* de acá que se fueron pa’ la guerrilla y después resultaron con los soldados señalándonos, encarcelamientos sin pruebas, abusos por parte de la autoridad del gobierno, no saber qué quería el que estaba hablando, el que vino o el que pasó. Era muy difícil confiar. Pa’ nosotros que los soldados y la guerrilla nos señalaran era escalofriante, pero que sospecháramos del vecino, del amigo y hasta del familiar era lo peor que había hecho la guerra.

“Téngale miedo cuando los perros ladren”

Lo que pasó en 2004 a mí no se me quita de la mente, ni esforzándome. En esa época yo

tenía siete meses de embarazo y hacía pocos días habíamos retornado del desplazamiento que hicimos después de la muerte del señor Ramiro. Solo nos quedamos unas cuantas semanas afuera, no aguantamos la incertidumbre. Allá nos levantábamos preguntándonos: ¿Dónde van a estudiar los *pelaos*?, ¿dónde vamos a trabajar si no conocíamos a nadie?, ¿cómo dejar todo lo que habíamos construido por tanto tiempo? Eso era muy duro. Hasta que dijimos: Nos devolvemos, vamos a resistir, esto va a parar”. Y pensando así volvimos. Ya acá trataba de ir lo menos posible al pueblo porque cuando iba escuchaba comentarios muy duros: “Ahora sí nos tenemos que ir, nos van a matar a todos”, era una de las cosas que decían y eso me ponía más nerviosa.

Nos acostábamos antes de las siete, trancábamos la puerta y hacíamos como si fuéramos a dormir, pero nada, nos quedábamos mirando pa’l techo. Sobre todo porque a los poquitos días de volver escuchamos a los perros ladrando. “Otra vez los perros ladrando, ¿qué pasará?”, me decía mi esposo acostado. “No sé. ¿Será que corremos pa’l monte, o qué? Acá esperando a que nos pase algo, me da más miedo”. Él, mientras tanto, cogía la rula, que todas las noches ponía al pie de la cama, me la mostraba y decía: “No, algo hacemos”. Lo miraba de reojo: “Ay, usted y su rula. Esa ni pa’ cortar monte sirve, y si vienen le aseguro que no es con un cortauñas”. Me volteaba y agarraba la camándula que mantengo debajo de la almohada. “Mija, cada uno hace lo que puede con lo que tiene. Usted con su camándula y yo con mi rula”, me decía, y se echaba a reír. Nos daban varias horas en esas hasta que, por el cansancio del día y el aguante a tanto miedo, nos dormíamos.



Con esa zozobra pasamos varias noches. Cuando una tarde sentí una gritadera. Yo ni pensé, dejé lo que estaba haciendo y arranqué pa'l portillo. Ahí me paré y cada que alguien pasaba les gritaba: “¿Qué pasó?, ¿qué pasó?”. Nadie me respondía, corrían. No aguanté y empecé a caminar en dirección al pueblo, que era de donde se escuchaba más bulla. Yendo hacia allá me encontré a la señora Nubia y le pregunté qué estaba pasando. “Ay Zuli, que van a hacer explotar a Pichilín. Hay unas bombas en la casa del difunto señor Ramiro”, me respondió. No le dije nada, seguí rápido y llorando por la rabia. “No fue suficiente con matarlo, también van a destruir lo que quedó de él”, pensaba. Adelante vi a unas personas alrededor de la casa: gente de la comunidad y soldados.

En ese momento se me acerca un hombre tomándome fotos y preguntándome un mundo de cosas, nada le respondí. Seguí caminando y ya cerquita sentí que alguien me cogió del hombro, era el señor Darío. “Zuli ¿qué hace acá? Venga, vamos pa' su rancho. Usted no está pa' andar en estas en ese estado”. Ni lo miraba, tenía la vista hacia el tumulto mientras me empinaba. “Ahorita vamos, ¿qué pasó?”, le dije. “No Zuli, vamos ya. Vea cómo está, hasta temblando”. Lo miré, dejé de empinarme. Todavía llorando me agarré de su brazo y caminamos de regreso.

Cuando llegamos, mi esposo andaba como loco. “¿Dónde estaba?, ¿qué fue lo que pasó en Pichilín?, ¿que lo van a explotar?”, nos decía agitado. El señor Darío me llevó hasta una silla y me ayudó a sentar. “Ya le cuento compadre. Respire”, le respondió. Más tranquilo, se fue hasta la cocina y trajo agua pa' los tres. Con el vaso en la mano el señor Darío nos contó

lo que pasó: “¿Ustedes si han escuchado a los perros ladrando por la noche? Eso era porque sentían a la guerrilla caminando y minando la casa del señor Ramiro.

Los tipos la cablearon por debajo hasta el patio y pusieron una bomba. Lo más berraco fue cómo la comunidad se dio cuenta. Ayer unos *pelaos* estaban en ese patio molestando a unas gallinas que estaban escarbando, cuando vieron que ellas sacaron un cable largo. Ahí mismo avisaron porque les pareció raro. Más tarde llegaron varias personas a mirar y dijeron que eso era dinamita. Mandaron a llamar a los soldados y con ellos llegó un “caratapá”. Él dijo que la guerrilla fue la que puso esa bomba porque ahí se quedaban soldados acampando. Ese tipo como que había desertado hacía poco de las FARC y sabía todo. Y hoy llegó todo ese mundo de soldados a desactivar eso”.

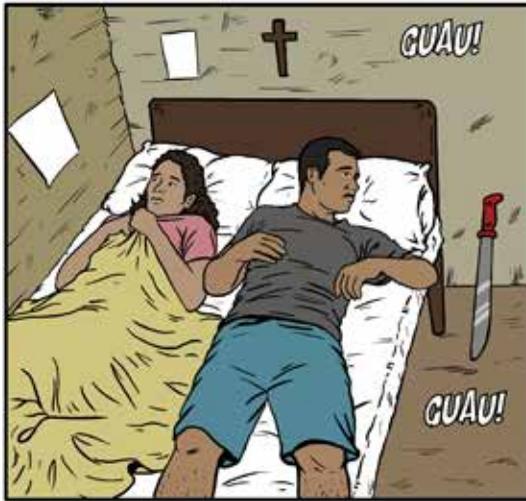
En esas sentimos un estallido y cuando miramos en dirección al pueblo había un humaral débil. Todos brincamos del susto. Lloré, mi esposo se me acercó. “Tranquila, al menos se dieron cuenta a tiempo”, me dijo. “Pero mijo, qué injusticia. Era la casa del señor Ramiro. ¿No quedaron contentos con haberlo matado?”. Se quedó callado, solo atinaba a sobarme la espalda. Al rato le dijo al señor Darío: “Hombe, mire lo que es la vida. Los humanos nos quieren matar y unos perros y unas gallinas nos salvan”. “Así es, y más de una vez. Es que téngale miedo cuando los perros ladren, seguro algo malo está pasando”, le respondió. Más o menos una hora después de la explosión el señor Darío salió pa' su casa, no sin antes darme un beso en la frente y decirme: “Tranquila Zuli, no se preocupe tanto. Espere y verá que todo irá pasando”.

Esa noche no dormimos nada. Nos levantamos muy temprano. Mi esposo se fue rápido pa' la tienda a recibir un surtido y sospecho que a averiguar qué había pasado. Me quedé sentada en el rancho sin hacer nada. Estaba muy cansada y no tenía ánimos. Cuando en esas vi a la seño María atravesando el portillo. Traía un periódico en la mano y estaba sonriendo. “Eche, Zuli, ¿cómo amaneció?”, me dijo cuando llegó. “Bien. Cansada, no dormimos nada. ¿Y usted cómo está?”, le dije. “Se le nota. Está pálida. Yo bien, hoy más tranquila”. Le señalé una silla al frente mío: “pero siéntese, ¿quiere tomar algo?”. “Tranquila. Yo me lo sirvo. ¿Usted qué quiere?”, me dijo la seño María aún parada. “No, ¿cómo se le ocurre?, no me demoro nada”, le respondí. Se acercó y me puso una mano en el hombro: “Quédese tranquila Zuli, yo lo hago. ¿Qué va a tomar?”. Se dirigió hacia la cocina sin soltar el periódico. “Le agradezco seño María. Una aromática está bien”, le grité. Metida allá me preguntaba: “¿Dónde están las aromáticas?, ¿y el azúcar?”.

Al rato salió con un pocillo en cada mano y el periódico debajo del brazo, me dio uno de los pocillos y se sentó. “Mi Dios le pague. ¿Y qué ha sabido?, ¿qué ha pasado?”, le dije. “¡Ay! Imagínese que al final sí pudieron detonar la bomba... ¿cómo es que se dice? Eh, una, una... ¡ah sí! una detonación controlada. Allá la explotaron y dejó un huecote grande en ese patio, quizque de ochenta centímetros de hondo. La sacaron toda y los soldados dijeron que podíamos estar tranquilos. Espere-mos que sí. Al menos aquí estamos contando el cuento”. Nos sonreímos. “Sí, seño. Gracias a Dios”, le respondí. “Pero eso no es todo comadre. ¿Adivine quién amaneció siendo famosa?”. Se paró, caminó hacia mí y me puso

el periódico sobre las piernas. Puse el pocillo sobre la mesa que tenía al lado y abrí el periódico. Había una foto mía llorando y bien embarazada. Al pie de la foto decía: “Dueña de la casa bomba que puso la guerrilla de las FARC el día de ayer en casco urbano de Pichilín”. Miré a la seño María y estaba fija en mí como esperando la reacción. “Ya no saben ni que inventar. Eso que ni le respondí una palabra a ese periodista”, le dije y le pasé el periódico. Lo cogió y se volvió a sentar. “Cuando uno no sabe qué decir, mejor inventa. Pero eso sí, se ve muy linda en la foto”, me respondió. Nos sonreímos de nuevo.

Con los días nos enteramos de que la guerrilla, unos meses antes, ya había puesto otra bomba en la casa de uno de los hermanos del señor Ramiro: Guido Salgado. Él vio el cableado y revisando se dio cuenta que era una bomba. Habló con la comunidad y entre todos lograron sacar una parte. Después intentó por varios medios que la sacaran del todo, pero nada. Entonces decidió irse mejor pa' donde uno de sus hijos que vivía cerca, pero cuando estaba haciendo el trasteo supo que habían matado a su hermano. No aguantó más y se desplazó. En esas dos casas fue que la guerrilla puso dinamita; después de eso ni volvimos a saber de eso, ni de ellos.



3.

**“Ahora la lucha es por
las organizaciones”**

3.

“Ahora la lucha es por las organizaciones”

“La idea de nosotros ahora es seguir adelante con la Asociación de Víctimas, la Acción Comunal y los jóvenes y las mujeres, y organizarnos y trabajar. Porque nos toca trabajar, porque tenemos que luchar, porque tenemos unos hijos a quienes dejarles algo. Y que lo que nosotros vivimos no lo vivan ellos, ese es mi pensamiento y esa es mi paz”.

Yarli Salgado

Nací en Pichilín en 1992. Casi toda mi vida la he vivido aquí. Digo casi, porque en algunos momentos me tocó irme. Pero los que no, los que he permanecido y los que recuerdo, siempre es rodeada de palma amarga, de animales, de hamacas, de ranchos, de fútbol, de niños corriendo, de mote de queso, de maíz. Pero también de uniformados, de armas, de disparos, de gritos y de golpes.

De *pelaita* recuerdo todo eso. Las gallinas, los piscos, a “Chente”: el perro de la casa, y a la cebra de don Darío, que una vez nos correteó a mi hermano y a mí por tratar de montarla, quedamos moretiados y con raspones. Recuerdo a mis tres hermanos, los juegos, las risas, las peleas, sus escapadas de la escuela, los regaños de mi mamá cuando le dábamos parte de nuestra comida a “Chente”, y de mi papá cuando nos llevábamos sus rulas pa’ jugar a las espaditas. Y entre todo eso, me recuerdo sentada en el suelo del rancho jugando a construir casitas con piedras y ver llegar tipos armados, de pantalones y camisas verdes, con botas negras como las de mi papá, a pedirle comida a mi mamá.

También recuerdo un día que mi mamá me llevó en sus brazos hasta una roca grande que

había detrás de la casa, y vimos un candelazo y unas nubes grises que estaban pa’ más lejos. Luego me puso en el suelo y la vi cogerse la cara con las dos manos mientras la seño Nubia, nuestra vecina, le sobaba la espalda. Ese día no estaban dos de mis hermanos y cada vez que las personas preguntaban por ellos mi mamá lloraba más duro. A cada rato llegaban personas a la casa, algunas sin zapatos, muchos llorando. Acostaban a los niños en unos costales que tenía mi papá en la casa. Yo también lloré mucho porque nadie me daba comida.

Recuerdo que al otro día me levanté asustada por no ver a nadie a mi alrededor; caminar hasta llegar a donde mi mamá, y verla en el rancho encucillada al lado de una seño que estaba llorando duro y escuchar a la gente decirle a la seño: “No se vaya pa’ allá, espere”. Después mi mamá se levantó, me cargó y nos fuimos pa’ la cocina, allá me dio de comer. Su cara estaba gris, con los ojos rojos y muy despelucada. De ahí nos sentamos en una silla, ella me puso sobre sus piernas y me recosté contra su pecho un buen rato. Hasta que me soltó apurada y salió corriendo al ver a mi papá llegar con mis hermanos, los abrazó y se puso a llorar. Mi mamá nunca los había saludado así.

Recuerdo que a los días salimos de la casa. Ese día estaba muy triste porque no nos llevamos a “Chente” y él se quedó llorando. Mi papá y mis hermanos tenían unos costales colgados de la espalda. Llegamos a una casa grande y ahí nos quedamos viviendo con mucha gente. Yo dormía mucho, cuando me despertaba mi mamá me sobaba la panza y me daba caldos. Lloraba cuando sentía hambre y cuando mi papá se iba porque pasaba mucho tiempo sin verlo. Hasta un día que regresamos al rancho, y vi a mi papá y “Chente” esperándonos. Nos movió la colita. Me alegré mucho.

Las cosas no siguieron igual después de eso. Los mayores nos regañaban más, nos dejaban salir menos, y antes de oscurecerse trancaban la puerta y nos hacían acostar bien temprano. Cuando no era que comíamos todavía haciendo sol, luego mis hermanos cogían las hamacas, mi mamá me ponía en sus brazos y caminábamos por un montón de verde con mi papá adelante con su rula pegándole al monte hasta llegar bien adentro. Después guindaban las hamacas. Mi mamá se acostaba conmigo a matar mosquitos hasta que me dormía. También hubo otras veces que nos íbamos pa’l monte a cualquier hora. Allá nos quedábamos acuclillados y, cuando lloraba, mi mamá me ponía su mano en mi boca. Así nos estábamos por largos ratos pa’ luego llegar a la casa y encerrarnos. Con los días volví a ver los tipos vestidos de verde pidiéndole comida a mi mamá.

Al crecer supe qué había pasado: una niña que vivió una masacre y un desplazamiento en una región donde había guerrilla. Y aunque en ese momento me hubiera gustado entender más lo que vivimos, el tenerme que enfrentar a otros abusos y violencias hacía imposible el pararse

a pensar y mucho menos preguntar. Inicié el bachillerato e iba al colegio en bicicleta con mi primo Marlon. La Armada estaba desde el 2002 en Pichilín. Muchas veces nos los encontrábamos yendo o viniendo del colegio y llamaban a mi primo: “¡Ey *pelao*, venga! Él me decía que no lo acompañara, pero yo nunca le hacía caso. Sentía que así era más difícil que le hicieran algo malo. Nos acercábamos en las bicicletas. “¿Ha visto guerrilla por acá?, ¿la ha visto pasar?”, le preguntaban. Él siempre tenía la misma respuesta un “no” con la cabeza y yo a su lado callada. “Nosotros sabemos que usted sabe. Díganos y se gana una platica”, le decían mientras le cogían la mano con fuerza y le ponían un billete.

“No, no, yo no sé nada”, les respondía y les tiraba el billete a los pies. “No sea terco *pelao*. Usted sabe, aproveche”, y le volvían a poner el billete en la mano y se la sujetaban. “No señor, no sé”. Mi primo forcejeaba la mano hasta soltarse y arrancábamos volados en las bicicletas. A él le daban mucho miedo los soldados porque a su hermano mayor, mi otro primo, una madrugada lo sacaron de la casa y lo golpearon delante de toda la familia quizque por guerrillero. Esa golpiza lo dejó muy mal, no volvió a trabajar la tierra ni a caminar bien. Se mantiene encerrado donde mi tía viendo televisión y casi no habla con nadie.

Es que eso pasó mucho acá: soldados golpeando a los muchachos y a los señores. Pero no fue lo único, ellos también encarcelaron, entraron a las casas a la fuerza, hicieron retenes en la carretera pa’ pedirnos la identificación, nos requisaron, nos quitaron la comida, capturaron en un solo día a muchas personas, y todo esto sin pruebas, sin una autorización

judicial escrita y sin que las personas tuvieran antecedentes judiciales... nada. Solo era necesario el señalamiento de los soldados, quienes siempre tenían a los “caratapá” al lado pa’ que les dijeran de quién debían sospechar.

A los “caratapá” les pagaban por incriminar a las personas de guerrilleras. Con esos señalamientos resolvían sus enojos con los vecinos, sus deseos, sus ganas de poder, la necesidad de plata, tanta cosa. Eso el Gobierno lo llamó: “Red de cooperantes”. ¡Ah! porque eso sí, lo que aquí pasó no fue solo por el capricho de unos soldados o unos tipos con la “caratapá”. No, acá todo lo que hicieron fue por y con la autorización del Gobierno. Eso de que capturaron la gente y se le metieron a la casa sin ninguna investigación, ni permiso de un juez, fue por un decreto creado en el 2002 llamado Zonas de Rehabilitación y Consolidación (ZRC). Eso quizque en el 2003 la Corte Constitucional dijo que no debía continuar. Pero acá se sintió que siguió funcionando hasta el 2006, porque hasta ese año encarcelaron personas sin ningún tipo de prueba en su contra. Será que entraba dentro de la Política de Seguridad Democrática u otra cosa, yo no sé.

Esas fueron algunas de las consecuencias del señalamiento que nos hacía el gobierno y los soldados, pero lamentablemente ellos no fueron los únicos. Aunque con otros efectos, eso también lo sentimos por parte de algunas personas que vivían en otros lugares por fuera de Pichilín. “¿Eso es zona de guerrilla, cierto?, ¿y usted no es guerrillero?, ¿ve mucha guerrilla?”, nos preguntaban. Cuando iba con mi mamá a hacer mandados a otros lugares, por ejemplo, hacían comentarios como: “Eche, seño, mejor la atiende rápido, no vaya a ser

que tenga un problema con un guerrillero”. Cada vez que sabían que éramos de acá nos empezaban a preguntar y hablar de guerrilla. Nos hacían responsables de una situación que nosotros no podíamos controlar.

Eso sí, lo de señalarmos como guerrilleros lo venimos a sentir más fuerte después de la masacre. Pa’ nosotros ese momento tan tenebroso intensificó esa marca. Era como: “Muy difícil lo que les pasó, pero esas cosas pasan por algo”, o, “si eso pasó allá es porque hay guerrilla”. Al justificar lo sucedido reducían a Pichilín a una zona donde sólo había guerrilla, por eso, todos eran guerrilleros y aquí solo ocurrían hechos de violencia. Ocultando esa otra parte, la que no pasaba por la guerra y donde había una comunidad que no hacía parte de ningún grupo armado.

Eso sí, ellos no fueron los únicos. La guerrilla también hizo lo suyo, al señalar a varias personas de ir en contra de sus intereses. Por esto mataron a personas de Pichilín, a sus familiares que no vivían propiamente acá y a muchos líderes de toda esta región, entre ellos al señor Ramiro. Lo cual empeoró con la presencia constante de soldados. Eso era muy difícil, porque no se sabía qué de lo que uno hacía podría ser sospechoso pa’ la guerrilla y los milicianos, y como decían ellos: “Ganarse la pelona por andar de sapo”.

Por todo eso, mis papás decidieron que me fuera a Corozal a terminar el bachillerato. Viví con uno de mis hermanos mayores, que lo habían mandado hacía unos años pa’ allá, su esposa y mis dos sobrinos. Irme de Pichilín se me hizo muy difícil, lloraba mucho porque extrañaba a mis papás, a mis animalitos, a mi

primo Marlon, a la seño Nubia y al campo, pero al final pesó más el miedo y me quedé en Corozal. Cuando terminé once me fui pa' Sincelejo a estudiar Ciencias Agrarias. Me gradué y trabajé un año allá, después me regresé pa' Pichilín. Y aquí estoy, trabajando en un proyecto personal y haciendo parte de la organización juvenil.

Volver ha sido una alegría. Pichilín ya no es el mismo del que me fui y todo pa' bien. A mi regreso, y desde antes, no había guerrilla ni milicianos. Los fuertes operativos militares que realizaron en esta región la Armada y otros uniformados del Gobierno, desde el 2002 al 2007 atacaron fuerte y directamente a las FARC. Porque eso sí, que la guerrilla se acabara no fue ni por políticas que tanto afectaron a la comunidad como las Zonas de Rehabilitación y Consolidación, ni por la masacre que hicieron los paramilitares en Pichilín. Y eso que ese día dijeron, como cuenta mucha gente de la comunidad: “Esta zona la vamos a limpiar de guerrilleros”. Es más, después de la masacre, la guerrilla ni disminuyó ni se acabó; su presencia y accionar continuaron hasta el 2004, que fue el año que asesinaron al señor Ramiro y pusieron dinamita en las casas. Luego de eso... no volvimos a saber de ellos en Pichilín.

En cuanto a la masacre, con los años supimos que los paramilitares la hicieron con la colaboración de la Armada nacional y la Policía, aunque de eso ya sospechaban varias personas de la comunidad. Ese día quitaron los retenes y puestos de control que tenían en la carretera pa' que los paramilitares pasaran tranquilamente. Hasta dejaron personas de Pichilín asesinadas cerca de un peaje donde siempre había fuerza pública.

Fueron horas y horas que ellos estuvieron de un lado a otro y nunca apareció ni un soldado. Y eso que el gobierno conocía la situación de violencia que se estaba viviendo por toda esta zona, pero eso, al final, no les importó porque su intención era hacer lo posible pa' que la masacre se hiciera.

Todo eso lo supimos por dos sentencias del Consejo del Estado del 9 de julio de 2014 y del 13 de diciembre de 2017, que salieron a favor de los familiares de algunas de las víctimas de la masacre. En estas sentencias salen testimonios de personas que fueron testigos de lo que pasó y declaraciones de paramilitares que estuvieron el día de la masacre en Pichilín y sabían quién y cómo se preparó.

Pa' nosotros conocer esa verdad fue un paso más en el proceso de reparación que se había iniciado algunos años atrás con la creación de la Asociación de Víctimas de Pichilín (ASO-VIP), legalizada entre el 2009 y el 2010, y desde ahí con la participación en el diseño del Plan de Retorno y el Plan de Reparación Colectiva, aprobado en el 2014. También cuando entraron organizaciones como Fundación pa' los Derechos Humanos (FDH) en el 2009, con Martha Vásquez, quien ayudó a gestionar los registros de desplazamiento e inició todo el proceso de reconstrucción de la confianza y los lazos comunitarios. Y Sembrandopaz, también en el 2009, quien promovió la reactivación la Junta de Acción Comunal que desde 1996 había dejado de existir por toda la violencia que estábamos viviendo.

Ese mismo año, el 4 de diciembre de 2009, como una forma decir aquí estamos, resistimos, sobrevivimos y también en conmemoración

de la masacre, realizamos una caminata desde Pichilín hasta el municipio de Colosó. Nos acompañaron setecientas personas de por acá mismo: San Antonio, Naranjal, Corozal, Bajo de Lata, Sabanetas, Vereda de Oriente, Asmón, El Salado, Desbarrancado, Zambrano, Sincelejo, Morroa. Yo me vine de Corozal pa' estar con la familia y la comunidad. Fue muy bonito, no sentíamos miedo, ni señalamientos.

Después de eso, se creó el Comité de Impulso, integrado por nueve personas, quienes son las que intermedian la relación entre la comunidad y la Unidad de Víctimas. Un grupo que se llama Tejedores, constituido por veintidós personas que se encargaron de reactivar las fiestas tradicionales y ahora son los encargados de organizar los diferentes eventos de la comunidad. Y en el 2016 se crearon los comités de la Junta de Acción Comunal: Ecológico, de Deportes, de Trabajo, de Salud, de Reconciliación y de Educación.

Además de ayudar en la reactivación de las organizaciones que existían antes de esa época de violencia y de respaldar la constitución de otras que son necesarias p'al momento que estamos viviendo, Sembrandopaz realizó talleres pa' apoyar la parte psicosocial. Allí se habló por primera vez de lo que había pasado y se trató de entenderlo. Se comenzó a afrontar y cerrar las situaciones tan escalofrantes que se vivieron, y a reconstruir los lazos de confianza en la comunidad. Ahí fue que hicimos mayor conciencia que debíamos organizarnos si queríamos sacar adelante a Pichilín.

Esos talleres psicosociales también enseñaron la necesidad y la importancia de la participación de las mujeres en lo organizativo. Porque

acá eso no se veía, las mujeres eran pa' atender familia, criar los hijos, estar cocinando y no tenían tiempo pa' estar en reuniones ni nada de eso. Pa' eso estaban los señores. Mi mamá, por ejemplo, nunca ha hecho parte de alguna, ni se le permitió estando joven y ahora por la fuerza de la costumbre dice: "No mijá, yo no estoy pa' esas y menos con tanto quehacer". Menos mal eso cambió a partir de todas esas ayudas y talleres, y hoy las mujeres son parte importante y a veces mayoritaria en las organizaciones. Tanto así que hemos tenido presidenta en la Junta de Acción Comunal: Yarli Salgado.

Y así estamos, sin pedir permiso pa' decir lo que pensamos, expresándonos sin timidez, con fuerza y orgullosas de lo que somos capaz de hacer, de aportar. Con muchas ganas de trabajar. Y no sólo en Pichilín, sino también en otras regiones. Por eso, varias mujeres de acá participan en organizaciones de otras partes como la Asociación de Mujeres de Colosó (AMUCOL). Desde allí se trabaja en conjunto p'al mejoramiento de nuestras condiciones en toda esta región, de las comunidades y, sobre todo, pa' que sepamos y conozcamos nuestros derechos y aprendamos a exigirlos.

En ese mismo frente estamos los jóvenes. En una lucha por un espacio de reconocimiento y de aprendizaje pa' continuar con los liderazgos, la cual comenzó cuando, por medio de Sembrandopaz, un compañero de la comunidad y yo representamos a Pichilín en unos encuentros realizados por fuera de acá. En esas reuniones, además de conocer los procesos de las organizaciones de otras regiones, supimos que se estaba construyendo una Plataforma Juvenil regional. La única condición pa' participar era

hacer parte de una organización. Con esa idea nos regresamos, y el 10 de enero de 2018 con inscripción y acta se constituyó el grupo juvenil de Pichilín: Jóvenes Renacientes.

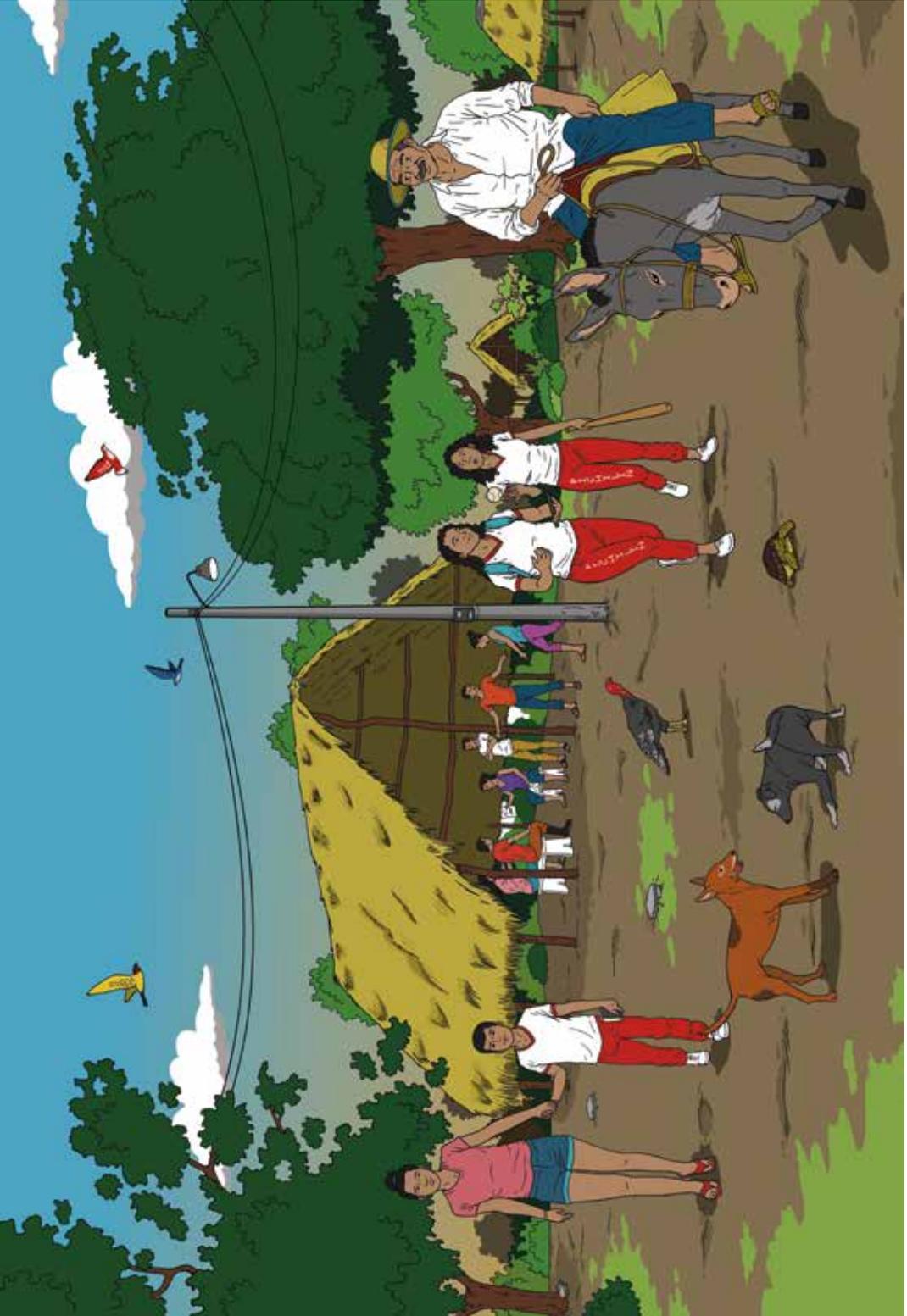
Ha sido muy bonito, no sólo por todo lo que hemos aprendido, sino también por todo lo que hemos conocido. Aquí había jóvenes que no habían salido de Pichilín, y ver cómo conocen otros sitios y cómo dimensionan su propio territorio, son cosas que uno festeja. Aun así, hay mucho camino por recorrer y muchas luchas que debemos realizar, pero, eso sí, sabiendo que todo esto se empieza es fortaleciendo a cada *pelao y pelaa*, invitando a la participación, ayudando a cultivar sus capacidades y, sobre todo, que ellos vean su propio potencial y reconozcan la fuerza de sus palabras.

Así lo organizativo se convierte en una oportunidad pa' fortalecernos en lo personal, pa' que tengamos una mayor conexión con otros lugares, personas, y saberes. Acceder a nuestros derechos y exigir lo que nos pertenece, por encima de lo que otros nos quieran imponer. Enfrentar el miedo al señalamiento por pensar diferente, criticar y organizarnos. Actuar de acuerdo con nuestros intereses. Y, sobre todo, nos sirve pa' reconocer la importancia de lo organizativo, cuidar y valorar las luchas que han hecho los mayores y saber que nada ha sido regalado, sino que cada cosa ha sido resultado de las batallas que la comunidad ha hecho. Aquí hubo sangre y grandes sacrificios que permitieron que hoy estemos acá, viviendo en nuestra propia tierra que es nuestra posibilidad de existencia.

Los retos ahora son organizarnos más y mejor pa' recibir los beneficios que vengan pa' la comunidad. Luchar por la legalización del

centro poblado, que es donde queda el colegio y el centro de salud y así acceder a los proyectos pa' mejoramiento. Apoyar a las personas que no tienen legalizada su tierra o aún no tienen, porque acá hay mucho joven que, aunque le gusta cultivar, no tiene dónde. Fortalecer las redes de confianza y los proyectos comunitarios. Buscar el reconocimiento y la reparación de las doce víctimas de la masacre, ya que el gobierno sólo ha reconocido a seis. Dar el perdón a la Armada, la Policía nacional y al Ministerio de Defensa, sólo cuando hayan cumplido en totalidad con lo que legalmente se les ha demandado. Exigir el mejoramiento de las vías pa' el transporte de los alimentos y el traslado de los niños, niñas y los *pelaos* pa' ir al colegio. Constituir un centro de acopio o algo así como una microempresa donde se puedan comercializar nuestros productos sin intermediarios, y poder recibir pagos justos por nuestros productos.

Hay mucho por hacer, y estos son solo algunos de los retos que las organizaciones de Pichilín deben enfrentar y lograr. Tenemos la esperanza que todo será posible por las batallas que en conjunto hagamos y que son las que, además, han reconstruido a Pichilín. Porque la fundación de nuestra comunidad, el aguante y resistencia frente a los hechos de violencia y la reconstrucción, son resultado de las luchas organizativas y la lucha por lo que es nuestro. Pichilín nació y continúa gracias a las organizaciones. A ellas nos debemos.



Glosario

Glosario

RECUPERAR: En el contexto de las organizaciones campesinas, en las décadas de los sesenta y setenta se usaba este término para dar cuenta de que las tierras pertenecían a los ancestros de los campesinos y campesinas, pero estas les fueron arrebatadas. Por esto, en medio de ese proceso organizativo, la lucha era por reclamar lo que les pertenecía. Reforzada esta noción por el lema: “la tierra es para el que la trabaja”, con el cual se les da el lugar de dueños(as) de la tierra a todos aquellos que la labren.

RULA: Es un cuchillo largo parecido al machete, pero más ligero y flexible, que se utiliza para segar la hierba y cortar la maleza. Es una herramienta de corte utilizada en las labores del campo.

TACUARITO: Es un tipo de cuchillo corto que es utilizado para cortar maleza, raspar y demás actividades necesarias en las labores del campo.

Bibliografía y referencias

Bibliografía y referencias

Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), (2016), *Pichilín: resistencias campesinas en defensa de su territorio*, Bogotá, CINEP.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2017), *Campesinos de tierra y agua: memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960 - 2015. Campesinado en el departamento de Sucre*, Bogotá, CNMH.

Peréz, Jesús María, *Listado de violaciones DDHH del 86 - 91*, en: Archivo de Derechos Humanos, Centro Nacional de Memoria Histórica, en: Centro Nacional de Memoria Histórica (2017), *Campesinos de tierra y agua: memorias sobre sujeto colectivo, trayectoria organizativa, daño y expectativas de reparación colectiva en la región Caribe 1960 - 2015*. Bogotá, CNMH.

Sembrandopaz (2015). *Hombre y Mujeres luchadores de Pichilín narrando su historia*. (Documento inédito).

Sembrandopaz. Programa de paz Suiza, Colombia *Semillas de Esperanza. Cultivando paz en el Caribe colombiano*.

FUENTES CONSTITUCIONALES Y JUDICIALES

CE 3, julio 9 de 2014, e44333, E. Gil.

CE 3, diciembre 13 de 2017, e40447, D. Rojas.

ENTREVISTAS

CNMH, hombre adulto 1, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, hombre adulto 2, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, hombre adulto 3, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, hombre adulto 4, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, hombre adulto 5, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, hombre adulto 6, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, mujer adulta 1, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, mujer adulta 2, entrevista, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018.

CNMH, mujeres, grupo focal, Pichilín, Morroa (Sucre), 2018

REFERENCIAS WEB

Wikimedia (2012), Mapa de localización del departamento de Sucre (Colombia).

Disponible en:

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Colombia_-_Sucre.svg

Wikimedia (2012), Mapa de localización del municipio de Morroa, Sucre (Colombia).

Disponible en:

https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Colombia_-_Sucre_-_Morroa.svg

El informe “No señor, **guerrilleros no.** ¡Somos **campesinos y campesinas de Pichilín!**” es resultado del proceso de reconstrucción de memoria histórica adelantado en cumplimiento de las medidas de reparación simbólica del Plan Integral de Reparación Colectiva, una sentencia de Restitución de Tierras y una sentencia del Consejo de Estado a favor de la comunidad del corregimiento de Pichilín, en el municipio de Morroa, Sucre. Este texto está conformado por narraciones tipo cuento, con ilustraciones y cómics que permiten, desde otro lugar, narrar lo que muchos de los habitantes del corregimiento de Pichilín vivieron durante casi cincuenta años.

Sus voces dan vida a personajes que, aunque de ficción, relatan las situaciones más relevantes para la comunidad. Desde lo que pasó, cómo pasó, cuándo pasó, hasta lo que sintieron y pensaron al vivirlo. Porque un hecho no es solo lo que pasa sino también lo que se siente cuando se vive y luego, cuando la herida lo permite, es relatado.

ISBN: 978-958-5500-46-4

